

THESIS

IMPOSICIÓN IDENTITARIA DURANTE EL FRANQUISMO Y LA TRANSICIÓN
EN LAS NOVELAS DE ROSA MONTERO

Submitted by

Aintzane Cabañes Martínez

Department of Foreign Languages and Literatures

In partial fulfillment of the requirements

For the Degree of Master of Arts

Colorado State University

Fort Collins, Colorado

Summer 2013

Master's Committee:

Advisor: Antonio F. Pedrós-Gascón

Francisco Leal
Doug Yarrington

THESIS

THE IDENTITY IMPOSITION DURING FRANCOISM AND THE TRANSITION IN
ROSA MONTERO'S NOVELS

Submitted by

Aintzane Cabañes Martínez

Department of Foreign Languages and Literatures

In partial fulfillment of the requirements

For the Degree of Master of Arts

Colorado State University

Fort Collins, Colorado

Summer 2013

Master's Committee:

Advisor: Antonio F. Pedrós-Gascón

Francisco Leal
Doug Yarrington

Copyright by Aintzane Cabañes Martínez 2013

All Rights Reserved

RESUMEN

IMPOSICIÓN IDENTITARIA DURANTE EL FRANQUISMO Y LA TRANSICIÓN EN LAS NOVELAS DE ROSA MONTERO

A pesar de la considerable recepción crítica que ha tenido la labor periodística de Rosa Montero, sus novelas no han sido recibidas con la misma aceptación por parte de los críticos. Quizás uno de los motivos principales por el que no se han valorado de igual manera sus novelas, es el limitado examen al que han sido sometidas. La mayoría de los análisis que se han presentado de las obras de la novelista española se centran en analizar aspectos ligados al “tema femenino”. El presente estudio tiene como objetivo analizar el conflicto identitario que presentan los personajes de varias de las novelas de Montero. Para ello se expandirá el marco de estudio establecido por Vanessa Knights en su libro *The Search for Identity in the Narrative of Rosa Montero*, de la búsqueda identitaria de la mujer a la búsqueda identitaria del individuo en general. Se establecerá a su vez una conexión directa entre la construcción identitaria y el contexto histórico y social en el que se enmarcan las novelas analizadas, ya que se considera que en los anteriores estudios sobre la novelística de la autora se da una carencia de investigación sobre la influencia del contexto. Es por esto por lo que además de hacer referencia a las teorías identitarias que se han tomado como base para el análisis, se examina la implicación que tiene la historia y el contexto en la formación de la identidad del sujeto. Debido a que los personajes de las novelas están influenciados por dos épocas principales —la dictadura franquista y la Transición junto con los primeros años de democracia española—, se ha dividido el análisis en dos secciones principales: las novelas que tratan sobre el pasado —*Bella y oscura* y *La hija del caníbal*— y las que tratan sobre el presente —*Crónica del desamor*, *Te trataré como a una*

reina y *Amado amo*. Esta investigación propone que dichas novelas rompen con la concepción tradicional de la identidad como algo estático para promover una concepción fluida y cambiante de la misma.

ABSTRACT

THE IDENTITY IMPOSITION DURING FRANCOISM AND THE TRANSITION IN ROSA MONTERO'S NOVELS

Despite the considerable critical reception that Rosa Montero's journalist work has achieved, her novels have not been received with equitable acceptance by critics. One of the main reasons why her novels have not been equally valued is that their study is very limited. Thus, most of the analyses that have been published about the novels of the Spanish novelist are focused on examining aspects that are connected to feminism. The present study is aimed to analyze the identity conflict that the characters of some of Rosa Montero's novels develop. In order to do so, the framework that Vanessa Knights establishes in her book *The Search for Identity in the Narrative of Rosa Montero* will be expanded from being centered in the search for identity in women to the search for identity in the individual. The analyzes will build a direct connection between the construction of identity and the historical and social context in which the novels that are going to be analyzed are framed, since it is my opinion that the previous studies have not paid enough attention to the influence of the context. This is why, apart from making reference to the identity theories upon which the study will be based, the present work also examines the implications that the history and context have in the construction of identity. Due to the fact that the characters of the analyzed novels are influenced by two main periods —the Francoist dictatorship and the Transition together with the first years of the Spanish democracy—, the analysis has been divided in two main sections: the novels that deal with the past —*Bella y oscura* and *La hija del caníbal* —, and those that deal with the present —*Crónica del desamor*, *Te trataré como a una reina* y *Amado amo*. This research proposes that

the novels break with the traditional conceptions of identity as static to promote a fluid and constantly changing conception.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer en primer lugar al doctor Antonio Pedrós-Gascón tanto por su inspiradora clase sobre Rosa Montero sin la que la idea de esta tesis no hubiese surgido, y por su ayuda a lo largo de este proceso de investigación y escritura. Sin su supervisión, consejos y correcciones este trabajo no hubiese sido posible. A su vez agradezco la inspiración otorgada por el doctor Francisco Leal ya que sus clases llenas de creatividad son un estímulo para impulsar el pensamiento crítico en los estudiantes, y también sus consejos durante mis años de maestría. Gracias al doctor Doug Yarrington por sus notas y comentarios ya que han ayudado a perfeccionar el resultado final de este análisis. También, por el tiempo dedicado y por el apoyo dado. Agradezco enormemente el apoyo que me han dado mis padres no sólo durante esta etapa sino a lo largo de toda mi vida. Ellos al igual que las personas que han estado a mi lado (familiares y amigos) han hecho posible este trabajo.

DEDICATORIA

Dedico esta tesis a mis padres, Javier y Nekane, por haberme apoyado durante toda mi vida.

ÍNDICE DE CAPÍTULOS

RESUMEN	ii
ABSTRACT.....	iv
AGRADECIMIENTOS	vi
DEDICATORIA	vii
1. INTRODUCCIÓN.....	1
2. CONTEXTO HISTÓRICO: IMPOSICIÓN IDENTITARIA ENTRE LA DICTADURA Y LA DEMOCRACIA	7
3. TEORÍAS SOBRE LA IDENTIDAD: EN TORNO A LA CONSTRUCCIÓN IDENTITARIA COMO HERRAMIENTA	27
4. ANÁLISIS DE LAS NOVELAS	45
4.1 La memoria individual frente a la historia oficial: análisis de las novelas de Rosa Montero que recuperan el pasado (<i>La hija del caníbal</i> y <i>Bella y oscura</i>).....	45
4.2 Necesidad de actuación frente a la apatía del individuo: análisis de las novelas enmarcadas en el presente (<i>Crónica del desamor</i> , <i>Amado Amo</i> y <i>Te trataré como a una reina</i>)	59
5. CONCLUSIÓN	75
BIBLIOGRAFÍA	80

1. INTRODUCCIÓN

Las novelas de Rosa Montero han tenido una gran aceptación entre los lectores desde la publicación de su primera novela, *Crónica del desamor*, en 1979. La crítica, a pesar de haber elogiado unánimemente su trabajo como periodista, no parece haber acogido con el mismo entusiasmo su trabajo novelístico. Autores como Ángel García Galiano y Luis Fernández han señalado en sus reseñas que las novelas de Montero carecen de peso por diversos motivos. El primero de ellos hace referencia a la composición y estructura de la novela *La hija del caníbal*, tachándola de “popular” debido a que considera que “[...] adolece gravemente de sentido de la composición, las tres historias (por lo menos), que se relatan, no están bien engranadas y la resolución, a trancos, policiaca de la trama es endeble y muy poco convincente, precipitadamente para otra cosa [...]” (73), concluyendo finalmente: “Insisto, la magnífica periodista Rosa Montero ha escrito una novela endeble, carente de interés y con graves defectos de composición” (73). El segundo crítico no apela a la estructura de la novela *Bella y oscura* como el motivo por el cual debe considerarse una novela “demasiado ligera” (Fernández, 33), sino que dictamina que “Pese a estar correctamente estructurada la novela falla en la caracterización de los personajes en los que se encuentra una falta de hondura importante y a los que se ve solamente apuntados por los trazos de la narradora” (33).

Como expone Riddel, a pesar de los avances que se han dado para dar a la literatura escrita por mujeres la misma atención que aquella escrita por hombres, no se ha superado la insuficiencia de estudio de estas novelas.¹ Esto no quiere decir que las novelas de Montero carezcan de estudios pero la mayoría de los artículos, libros y tesis doctorales que se han

¹ “Para superar la insuficiencia del estudio que hasta ahora se ha hecho de estas novelistas hay que atender a su literatura con más precisión para registrar su contribución cualitativa, para compensar la excesiva atención dada a la producción masculina, y para entender mejor su importancia y su lugar (...)” (Riddel, 1).

publicado limitan su obra al feminismo catalogándola en consecuencia como una obra de mujeres:

La obra de Rosa Montero ofrece una gran gama de perspectivas, muchas de las cuales no han sido estudiadas según merecen. Debido al enfoque feminista de la autora, cuya posición además es bien conocida por sus colaboraciones en *El País*, los estudios de su obra se han concentrado principalmente en los aspectos relacionados con la mujer en busca de una identidad propia en la sociedad española de hoy día (Amell, 74).

El tema de la mujer —en referencia a escritos que exponen la experiencia y la visión de las mujeres— es un componente relevante de las novelas de Montero pero no es el único que sobresale, por lo que resultaría interesante para comprender mejor la obra de la autora que se indague en estos otros aspectos. Marisa Postlewate por ejemplo indaga en el uso del estilo de la novela negra popular en la época post-franquista en su relación con la obra *La hija del caníbal*. Alma Amell por su parte enfoca su estudio en el “dolorido sentir” humano, es decir, realiza un análisis de cómo las novelas *Crónica del desamor*, *Amado amo*, *La función delta* y *Te trataré como a una reina* ofrecen una visión del ser humano. En el caso de Kathleen M. Glenn, su artículo se encarga de presentar la victimización que sufren las mujeres al ser malinterpretadas por los hombres, quedándose por tanto anclado el estudio en el tema de la mujer.

Uno de los estudios más referenciados de la novelística de Rosa Montero es el libro *The Search of Identity in the Narrative of Rosa Montero* de Vanessa Knights, quien además realizó varias entrevistas a Montero. Como se anticipa por el título, se trata de un exhaustivo análisis del tema identitario en las novelas de la autora. Sin embargo, Knights dirige la mayor parte del estudio a explicar la búsqueda de la identidad de la mujer en la sociedad española a partir de la muerte de Franco. La decisión de centrar el conflicto identitario en la mujer puede residir en la notable situación de dominio a la que ha estado sometida la mujer en la sociedad española, sobre

todo a raíz del florecimiento de la escritura de mujeres que requiere conjuntamente un estudio de la consciencia que plasman en sus obras:

Hay un fenómeno de aparición de muchas escritoras mujeres a partir de los finales de los sesenta y principios de los setenta. [...] Ha sido como una especie de explosión de mujeres escritoras con una característica que en todo el mundo se da y que aquí se ha dado también, una característica que les diferencia en general (aunque hay excepciones) de otras escritoras anteriores y es que en alguna medida escriben, o escribimos, desde la consciencia de ser mujeres (Rosa Montero en Talbot, 90).

A pesar de la importancia de indagar en los problemas a los que se ha tenido que enfrentar la mujer, considero que a la hora de analizar los problemas identitarios que se reflejan en los personajes de las novelas de Rosa Montero surgen dos preguntas añadidas. Primero, y como la propia autora ha mencionado, la imposición identitaria no es un conflicto exclusivo de las mujeres, sino que se extiende al individuo en general, quedando todos anclados en un rol determinado. Es por esto que resulta interesante investigar los problemas identitarios que sufre la sociedad española en general a través de los personajes. Segundo, si se asume que existe un conflicto identitario en los sujetos que conforman la sociedad española de la dictadura franquista, transición y democracia, ¿qué efectos tiene en la identidad el contexto histórico y social en el que están inmersos los sujetos? En otras palabras, ¿qué papel juega el contexto en la imposición identitaria?

Para la presente tesis se ha decidido expandir la propuesta de Knights al incluir en el estudio las dos preguntas formuladas anteriormente. Se propone por tanto que a través de los personajes de las novelas, Rosa Montero aboga por una fluidez identitaria que se sitúa en oposición a una determinación e imposición de la misma. Montero trata de desmontar estas falsas imposiciones identitarias para abrir paso al redescubrimiento de identidades más realistas en cuanto a que se ajustan a la verdadera esencia del individuo, y demuestra, a través de la

evolución de sus personajes a lo largo de la trama, que la naturaleza cambiante de la identidad no es una utopía, como se ha intentado hacer creer en la sociedad moderna, sino que es ésta la forma verdadera a la que el individuo ha de llegar a través del descubrimiento personal y la ruptura con papeles identitarios impuestos, ya que éstos son realmente falsas utopías que acabarán por caer debido a la inestabilidad de la base en la que se construyen.

El primer capítulo de esta tesis se centra en analizar las implicaciones del contexto histórico en la construcción identitaria de los sujetos que forman la sociedad española, siguiendo el hilo comenzado por Javier Escudero Rodríguez en su libro *La narrativa de Rosa Montero: Hacia una ética de la esperanza*, donde desarrolla su estudio de las novelas de Montero teniendo en cuenta el contexto en el que surgen y al que hacen referencia. En el caso del tema identitario, la identidad no puede ser concebida separada del contexto en el que surge por lo que en esta tesis se ha considerado indispensable analizar las dos épocas que priman en las novelas que se analizarán: el franquismo, y la transición junto con los primeros años de democracia. En su reseña de este libro, Palmar Álvarez-Blanco hace referencia a la denuncia que ejerce en sus novelas Rosa Montero de “toda esfera de poder que contribuye a la alienación del individuo en el ámbito social y personal” (185). A través de esta cita ya se anticipa el uso utilitario que se le da a la identidad del individuo por parte del poder dentro de una sociedad. En este capítulo se parte de la idea de que la identidad es una construcción social, por lo que consecuentemente se convierte en una herramienta para el poder, teniendo como objetivo principal crear una sociedad que sirva a sus intereses y a su vez asegure la continuidad del sistema que se establece.

El segundo capítulo analiza cómo se concibe el concepto de identidad en este trabajo, partiendo de diversas teorías identitarias que se han tomado como base. En especial se ha partido de las propuestas de Judith Butler plasmadas en su libro *Gender Trouble* en el que se sientan las

bases de la identidad como construcción. A su vez, el hecho de que la identidad sea una construcción naturaliza el hecho de que se conciba como algo estático y homogéneo, creando así la idea de que la identidad no ha de cambiar y que cada individuo debe representar un rol concreto. Las novelas de Montero, a través de sus personajes, ejercen una deconstrucción de esta idea de la identidad individual para proponer lo contrario, es decir: que es algo fluido y en constante cambio, implicando igualmente contradicciones. En este capítulo se considera también la forma en la que se ha ejercido una imposición identitaria sobre el individuo para demostrar que éste está anclado en un rol que no le pertenece, lo cual se conecta con la búsqueda identitaria que llevan a cabo algunos de los personajes de las novelas que se analizan en esta tesis para tratar de liberarse de esta imposición y conseguir construir una identidad propia.

El último capítulo está dedicado al análisis de la identidad en las novelas de Rosa Montero. Se ha decidido dividir esta sección en dos subcapítulos atendiendo las necesidades de separación de las dos épocas principales que se han escogido para analizar el papel que juegan en la construcción identitaria. La primera subsección gira en torno a las novelas que tratan del pasado —*La hija del caníbal* y *Bella y oscura*— para ver el rol que juega la memoria con respecto a la identidad en estas novelas, y por qué la autora hace uso de este recurso, es decir, cuál es su función y qué plantea con respecto a la identidad. Finalmente, se pretende considerar el uso del estilo de la novela negra como representación de la búsqueda identitaria de algunos de los personajes. A través de esto, se lleva a cabo una reflexión sobre qué es la identidad individual de acuerdo con lo expuesto a través de las novelas. Además, se concluye que la inclusión de la memoria en estas novelas supone la denuncia de la falta de revisión del pasado que se da durante la Transición para poder liberarse de las imposiciones sufridas a través de la reflexión de lo ocurrido. La segunda subsección avanza en el tiempo para centrarse en las novelas que tratan

sobre el presente —la época en la que son publicadas—: *Crónica del desamor*, *Te trataré como a una reina* y *Amado amo*. En primer lugar se examina cómo los personajes de estas tres novelas están anclados en una identidad impuesta, que no les pertenece, lo cual genera en consecuencia una crisis personal pero también social. Por ello se produce una insatisfacción con la realidad social en la que están inmersos llegando a la apatía. Lo que se propone, a raíz del análisis —en especial de los finales de cada obra—, es que para que se produzca un cambio en el individuo, y también en la sociedad española, es necesaria la acción —lo que los marxistas llaman praxis— dentro del sistema que impone una identidad determinada para satisfacer una serie de necesidades del poder.

2. CONTEXTO HISTÓRICO: IMPOSICIÓN IDENTITARIA ENTRE LA DICTADURA Y LA DEMOCRACIA

El sistema de poder de cada momento histórico, independientemente del hecho de ser democrático o no, hace uso de la identidad de forma estratégica para crear una identidad colectiva como nación que fortalezca dicho sistema, satisfaciendo sus necesidades de asegurar el buen funcionamiento y perpetuación. Es esto precisamente lo que plantea Vanessa Knights en la siguiente cita: “Identity is shown to be constructed within a particular socio-historical moment and can therefore be deconstructed” (Knights, 82-83). De esta forma la identidad se podría reducir a una construcción social empleada por el sistema de poder de cada sociedad y cada momento histórico, cambiando en función de las estrategias de este poder. Es por esto por lo que se comienza el primer capítulo revisando el modo en el que el régimen franquista y el posterior gobierno democrático español se centraron en desarrollar un modo de control y delineación de la identidad de los individuos a los que “representaban”, y cómo también trataron de construir una identidad nacional de acuerdo a sus objetivos.

La importancia de crear una identidad nacional reside en el hecho de que, por un lado, esta identidad va a suponer la creación de una realidad concreta, sujeta a los objetivos políticos del sistema, ya que “[...] la nación no es tanto una realidad natural, sino una representación simbólica que existe objetivamente en la conciencia de los individuos” (Pérez Garzón, 2); y por otro lado, la construcción de una identidad individual, ya que el sujeto asume esa identidad nacional a través de diversos mecanismos de socialización que se analizarán posteriormente.² Para lograr ambos objetivos es importante crear una memoria común a todos los individuos que forman parte de esa identidad nacional, ya que la identidad se basa en la recreación de una

² “[...] es decisivo el proceso de creación de la identidad colectiva española en el siglo XIX, porque el resultado no sólo fue una realidad socialmente producida, sino que ésta, al objetivarse socialmente, se convirtió desde entonces en elemento de identidad personal a través de los procesos de socialización” (Pérez Garzón, 5).

memoria.³ En la creación de esta memoria se seleccionarán aspectos pertinentes a la identidad nacional e individual que se desea crear, mientras que otros quedan relegados al olvido.⁴ Debido a que la memoria es, al igual que la identidad, una construcción selectiva que utiliza el poder de forma política, Juan Sisinio Pérez Garzón considera inevitable que esos poderes vean en la historia el medio idóneo para llevar a cabo dicha construcción (3). De esta forma la historia se convierte en una herramienta de socialización política mediante la cual se crea un pasado y una memoria común. Se unifica así la identidad de la nación con la que se acaba identificando el individuo, sin considerar que se trata de una identidad política:

Desde el siglo XIX se constatan sucesivas fases de reelaboración de un pasado común, con el afán de cimentar la implantación de una memoria ciudadana homogénea definida como española. Desde el siglo XIX los grupos políticos y culturales dominantes han presentado como incuestionable y lógica la existencia unitaria de un Estado en España, siempre a costa de obviar u olvidar sistemáticamente otras memorias culturales y otras posibles memorias nacionales (Pérez Garzón, 5).

En su artículo, Pérez Garzón propone que el sujeto acaba adquiriendo una identidad en base a la identidad nacional, pero ésta es una creación del Estado en función de una serie objetivos políticos del partido político que lo dirige o de los objetivos personales del dictador Francisco Franco, durante los casi 40 años de dictadura.⁵ Para ello se define lo que debe significar ser español y lo que la nación española representa, relegando la diversidad y la pluralidad de la historia en favor de una identidad homogénea. La memoria, la historia, la

³«[...] la memoria no sólo construye la identidad, sino que perfila y determina el ser, su modo de existencia y las pautas de comportamiento. [...] la memoria no es sólo cuestión individual, sino que también es inherente a la existencia de toda colectividad histórica» (Pérez Garzón, 4).

⁴«En ese orden de cosas, puesto que la identidad se basa en la memoria, no se debe olvidar que la memoria es la facultad de reproducir y que esa reproducción se despliega siempre seleccionando» (Pérez Garzón, 2).

⁵«[...] la identidad nacional española se ha desarrollado con una peculiaridad cultural, se ha confundido con la propia historia del Estado y se ha concebido como un proyecto histórico de unidad cuya teleología ha estado en manos de monarcas y estadistas, al menos desde la Edad Media. De este modo, resulta difícil discernir la identidad española y no confundirla con la memoria del Estado, esto es, con esa historia política en la que el concepto de España se plantea aceptando y dando por válidas las proclamas y ambiciones territoriales de las sucesivas dinastías que han reinado en los territorios peninsulares» (Pérez Garzón, 4).

identidad nacional y la individual acaban siendo, en manos del poder, construcciones estratégicas que forman parte del discurso oficial que esconde tras de sí una gran variedad de historias que han coexistido siempre. A diferencia del discurso oficial, que varía en función del sistema de poder de cada momento histórico, hay realidades paralelas —la historia individual de cada sujeto— que no están sujetas a los cambios ideológicos y políticos sino que abrazan la complejidad y la diversidad de la realidad del individuo.

A continuación se pasa a analizar cómo se impulsó un tipo de identidad individual en la sociedad española durante la dictadura. La época franquista supone el fin de las ideas de renovación que trajo consigo el período de la República (1931-1936/9), que se extendió hasta el final de la Guerra Civil (1936-1939), momento en el que el general Francisco Franco dio comienzo a su dictadura. Durante el tiempo que duró la Segunda República Española, la sociedad española presenció una serie de renovaciones importantes que apuntaban hacia la modernización y regeneración del país. Como apunta Carolyn Boyd, el proyecto cultural que proponía la República hizo que las clases privilegiadas —la burguesía, el clero y la Iglesia Católica, la monarquía y el ejército— comenzasen a oponerse al proceso de modernización, pero sin duda el cambio que generó un mayor temor dentro de este grupo fue la ascensión de las clases medias y obreras a una posición de reconocimiento y apoyo por parte del sistema (206). La Guerra y posterior represión franquista silenciaron la sociedad hasta el punto de que el hecho de plantear cualquier idea de modernización contraria a las necesidades del régimen estaba tajantemente prohibido y castigado, para poder crear una sociedad que asegurase el buen funcionamiento del régimen, objetivo para el cual necesitaban un individuo que encajase en las necesidades del nuevo sistema de poder. Así, al ciudadano español se le manipuló y se le impuso

una forma de vida concreta con el fin de que funcionase en base a la identidad que se había diseñado para él: un complejo engranaje basado en la represión, el engaño y la aniquilación de otras posibilidades a fin de crear una nación unificada, España —Una, grande y libre—, en contraposición con los pasos dados durante la Segunda República:

La II República, por tanto, aun consciente de la necesidad de reorganizar el Estado, optó por una política gradualista de descentralización, por una política que satisficiera a las regiones nacionalistas y, antes que a ninguna, a Cataluña, pero que dejase intactas las potencialidades del Estado: éste seguía siendo a los ojos de los responsables de aquel régimen el instrumento esencial para la regeneración nacional que querían emprender. (Fusi, 251)

El primer paso para la creación de una identidad nacional e individual que se ajustase a las necesidades del régimen dictatorial fue desmontar las conexiones entre España y el resto de países. Se trató así de construir una caja hermética que blindase al país, y crear una realidad ficticia —autarquía—, evitando que se pudiesen considerar alternativas al régimen franquista, que pasó a ser la mejor opción para recuperar la “verdadera” España a pesar de que es cierto que esta autarquía no fue una voluntad sino más bien una obligación generada a raíz de que el resto de países —excepto Portugal y Argentina— cerraron sus fronteras y relaciones con España. El bloqueo de las conexiones con el resto de Europa tenía entre sus objetivos evitar que otras ideologías y sistemas, tanto económicos como políticos, arraigasen en la sociedad e hiciesen peligrar la hegemonía de la dictadura.

Una vez restringidas las influencias y los modelos externos, el régimen se centró en construir la identidad nacional española en base a la tradición, proceso que se asemeja a lo ocurrido tras el “Desastre el 98”, cuando parte de los intelectuales españoles vieron en el pasado imperial de España lo que consideraban su verdadera esencia y modelo sobre el que construir la nación actual, a través de un regreso a la tradición. La cultura tradicional de España establecía un orden jerárquico y una unidad nacional que el régimen trató de personificar en la sociedad

española a través también de la imagen de Franco, a fin de lograr un *Nuevo Estado* “castellano, católico, rural y, en las primeras fases del régimen, imperial” (Boyd, 208), y en este quehacer tendría un papel fundamental la educación. A pesar de las diferencias entre los diferentes grupos del régimen, todos parecían tener la misma idea sobre cuál debía ser el objetivo principal de la educación: siguiendo con la tendencia general de la ideología franquista, se reprimió el mercado libre de ideas a través de la subyugación de la educación a los intereses del régimen, de forma que la educación sirvió como instrumento no sólo de instrucción sino también para formar al individuo para que contribuyese en la lucha contra el liberalismo y apoyara la creación del Nuevo Estado (Boyd, 209). Al controlar la educación y manipularla para que casase con los requisitos ideológicos del régimen, también se evitó que surgiesen ideas contrarias a través de la libre investigación. La escuela y la universidad pasaron a ser instituciones destinadas a la transmisión y promoción de un sentimiento puramente español, motivo por el cual se tendió a la privatización de las escuelas, reduciendo notablemente el número de colegios públicos, mientras que se impulsaron los religiosos. Los colegios privados quedaban fácilmente bajo el control del régimen, pero sobre todo el currículum de los colegios religiosos servía perfectamente el propósito de formar al individuo: “[...] basado en el silencio, la emulación y la distinción de clases, [...] miedo al pecado, al infierno, al ‘comunismo’, a la anarquía y, por tanto, a la libertad” (Boyd, 213).

Si la escuela y la universidad fueron las instituciones de transmisión, el estudio de la historia y los libros de esta materia fueron los medios en los que se plasmaron los dogmas del régimen.⁶ Como se ha mencionado anteriormente, los cimientos sobre los que se construyó la

⁶ “[...] por primera vez desde la aprobación de la Ley Moyano en 1857, la reivindicación teórica del Estado de controlar el contenido de los libros y la enseñanza se convirtió en una realidad. [...] No sólo especificaban los temas que había que cubrir en cada asignatura, sino también su correcta interpretación. [...] los libros de texto personificaban el autoritarismo del nuevo régimen, que, en un decreto promulgado en julio de 1938 y en el que se

ideología del régimen franquista los forjó su interpretación de la tradición española, pero para ello se debía “retocar” este pasado glorioso español de forma que reflejase esos valores españoles, y sobre todo una visión integrista del pasado del país:

Siguiendo los pasos de Menéndez Pelayo, los programas para los cursos de historia describían la historia de España como la lucha de una colectividad espiritual, la Patria, para alcanzar y mantener su identidad única y su misión universal a pesar de la división interna y la hostilidad exterior. El drama nacional era una saga de triunfos, traiciones y redención final; su centro de gravedad estaba en los siglos de gloria imperial, desde la ‘formación de una España’ bajo el mandato de los Reyes Católicos pasando por la valiente defensa de la ortodoxia católica de Felipe II (Boyd, 214).

De esta forma, se tomaron eventos y figuras históricas que ejemplificasen el espíritu nacional y se ensalzaron en los escritos de historia. Para ello se basaron en la creación de una serie de binomios auto-excluyentes que surgen todos de la principal oposición entre bueno/malo. Así las figuras históricas escogidas para servir como modelo al individuo —tales como el Cid— se presentaron como salvadores de la Patria y representantes de la verdadera raza española a través de sus características. Para ensalzar el valor de estas figuras y demostrar su valía, se las opuso a otras figuras que se tacharon como traidoras y antipatrióticas que debían servir como modelo a no seguir. A su vez, se hizo creer que la nación española era única, que había sido elegida de forma divina para preservar el cristianismo frente a otras tendencias que se propagaban fuera del país, y se optó por una definición mesiánica de la nacionalidad española (Boyd, 210). El objetivo era transmitir la idea de que España era única y que si había sido desplazada por Europa era por envidia e ignorancia. Se trataba por tanto, en este primer período del régimen franquista, de unificar la nación española a través de la creación de una identidad colectiva e individual concreta que se limitase a seguir los valores inculcados por el régimen. Como resume Juan Pablo Fusi: “[...] los cuarenta años del régimen de Franco se definieron por

nombraba una comisión especial para la revisión de libros de texto, los calificaba de ‘instrumento necesario de trabajo’ [...]” (Boyd, 214-215).

la enérgica y sistemática aplicación de políticas culturales unitarias y asimilistas, por una total centralización administrativa y por una completa uniformización legislativa en materia de Administración territorial [...]” (257).

Otro de los aspectos importantes del uso estratégico de las identidades por parte del régimen franquista es —como se ha mencionado anteriormente— la creación de un método de exclusión a través de un sistema binario de oposiciones. De esta forma se consigue establecer una jerarquía que cumple con las necesidades de separación de rangos del sistema, haciendo creer a la sociedad que esa organización es la correcta. Un ejemplo de este sistema de oposiciones es la creación del “yo” y de lo español. El eslogan, que se popularizó en 1960 “España es diferente”, no hace sino realzar el hecho de que lo español se construía en base a la oposición con el “Otro”. Este “Otro” lo representaban la izquierda, la clase obrera y los grupos de la oposición al régimen que incorporaban ideas extranjeras malignas para lo verdaderamente Español (Kelly, 30). Si bien este eslogan estaba dirigido en un principio a promover el turismo, no hacía más que reforzar la estrategia del régimen de creación de una identidad nacional concreta a través de la exaltación de los elementos tradicionalmente españoles como los toros, el flamenco y otras fiestas religiosas. De esta forma se marcaba una clara diferenciación con lo externo, lo extranjero, para reforzar e impulsar la concepción de una identidad propia y defenderse de las influencias externas.

Basado en esta oposición binaria también se construyó la idea de que el hombre posee una posición privilegiada de poder por encima de mujeres, niños y ancianos, siendo la mujer la que peor parada queda en esta división. El interés de Franco en la mujer era exclusivamente utilitario, es decir: la mujer quedó relegada a tareas de servidumbre, con la única función de dar a luz para aumentar la población que había disminuido a partir de la Guerra Civil: “Under the

Franco regime, motherhood was idealized as a duty to the nation in order that Spain might recuperate her former glory and familialism was regarded as a moral crusade to combat the decadence of society supposedly caused by the Second Republic” (Knights, 49). De promulgar estos mitos y “educar” a la mujer bajo estos valores se encargaría la Sección Femenina de Falange que se formó originalmente en 1934 y que dirigió Pilar Primo de Rivera. A través de la Sección Femenina, y junto con la censura impuesta sobre cualquier imagen alternativa de la mujer en la literatura extranjera, Franco consiguió frenar cualquier movimiento feminista y obtuvo un control absoluto sobre la mujer, imponiéndole un único modelo a seguir. Para ello se le hizo creer que este modelo representaba a una mujer moderna y actual, con un alto grado de libertad de decisión:

The Sección Femenina did set out to promote an image of a modern woman [...] she was educated enough to show interest in her husband’s affairs, enjoyed motherhood and was confined to the private domain of domesticity. Various measures such as the obligatory six months of social service, grants for women who gave up work when they married, family allowances and concessions for large families were introduced to encourage women to accept marriage and motherhood as their primary social function” (Knights, 51-52).

La manipulación era tal que hasta sus representantes y perpetuadores creían en el beneficio que la Sección Femenina y las leyes del franquismo supusieron para la mujer. Así lo evidencia la propia Pilar Primo de Rivera (delegada nacional de la Sección Femenina y hermana de José Antonio Primo de Rivera) en una entrevista con Rosa Montero: “Canastillas y jotas regionales [...] como si la Sección Femenina no hubiera servido más que para eso [...] cuando, por ejemplo, la Sección Femenina, a partir de 1961 y aprovechando su presencia en las Cortes, ha presentado una serie de leyes, que fueron aprobadas, en defensa de los derechos profesionales, políticos y de trabajo de la mujer” (Montero, “Cinco años” 24). A través de esta afirmación se entiende que sí se dieron ciertos avances para la mujer durante el franquismo. Sin embargo, este

es un ejemplo de cómo se trató de manipular al individuo para hacerle creer que la dictadura le estaba beneficiando. La larga lista de leyes que le fueron impuestas a la mujer durante el franquismo demuestra que la declaración de Pilar no se adecúa a la realidad: el aborto o cualquier tipo de medida contraceptiva fueron prohibidos para evitar que la mujer tomase control de la natalidad, al igual que ocurrió con el divorcio, evitando que se destruyese la idea de familia construida por el régimen, y lo mismo también que con el trabajo, al que la mujer no podía acceder para evitar concederle libertad económica.⁷ Ninguna de estas medidas afectaba seriamente sin embargo, a las mujeres de la clase alta —incluida Pilar Primo de Rivera— ya que: “igualmente son de clase alta las primeras que se apuntan a una labor nueva y divertida: la de azafata aérea. Igualmente, la muchacha con más libertad familiar es la de más arriba. La otra, en muchos lugares de España, tiene que estar en casa a la hora del cierre del portal” (Díaz-Plaja, 619). Todas las medidas instauradas por el régimen no hacían más que subrayar la figura de mujer que le era útil al sistema: aquella que se limitaba al dominio privado, dejando en manos del hombre todo lo que perteneciese al dominio público. Al evitarse la incursión de la mujer en lo público se aseguraba el control del hombre de toda realidad, incluyendo también lo privado. Encerrada en los confines de la casa la mujer se encargaba de la instrucción del niño reproduciendo los valores del régimen y educándolo bajo estos parámetros. De aquí la importancia de hacer de la mujer una herramienta que perpetuara la identidad de este nuevo sujeto y se encargara de concebir nuevos individuos, pues como dice Knights, citando a Scanlon

This ideology can be traced back to the *Obra Nacional-Sindicalista de Protección a la Madre y al Niño*, a section of the Falangist *Auxilio Social*: ‘Necesitamos madres Fuertes y prolíficas, que nos den hijos sanos y abundantes [...]. *La España Una, Grande y Libre*,

⁷ “Law prohibited both abortion and contraception, women were denied access to birth control and defined by their reproductive capacity. Legislation revoking divorce and civil matrimony (for Catholics) was passed and the family declared ‘a natural institution with specific prerogatives and rights which went beyond the boundaries of human law’ (Nash, 1991, 170). Thus the family being advocated was the traditional Catholic patriarchal model in which the wife and mother was subordinated to her husband, head of the family” (Knights, 50).

sólo será posible con hombres fuertes y numerosos, y para esto es preciso seguir atendiendo a la infancia a través de sus varios períodos, desde que se conciben hasta la madurez' (Scanlon, 1986, 316) (Knights, 49-50).

Según estos modelos, la mujer debía ser guapa y pasiva para poder casarse y de esta forma alcanzar la felicidad, ya que debido a que el hombre es el centro de este sistema la felicidad reside también en él, por lo que la mujer no podrá ser feliz si permanece soltera. En cuanto a la sexualidad femenina, ésta se convirtió en tabú y la mujer en ningún caso podía disfrutar de los actos sexuales. Cualquier tema relacionado con la sexualidad y, por tanto, con el cuerpo femenino, quedaba relegado a la oscuridad, evitando así que la mujer tomara conciencia de quién era. Pilar Primo de Rivera subraya que el ideal de mujer para la Sección Femenina era aquella que reunía las siguientes características: “ser equilibrada, culta, útil a la sociedad y fiel a su propia condición y responsabilidad de mujer con respecto a la familia” (Montero, “Cinco años” 25). Por su “propia condición” sin embargo, no se hace referencia a la libertad que tiene la mujer igual que el hombre de decidir quién es y cómo quiere que se estructure su vida, sino que debía ser lo que el régimen quería que fuera. Incluyo al hombre porque a él también se le impuso una forma de ser y de actuar, al fin y al cabo una identidad, como a la mujer. Muestra de ello es un pequeño detalle que recoge Fernando Díaz-Plaja en su estudio sobre la sociedad española del siglo XX: “[...] todavía hay una vidriosa sensibilidad masculina para mostrarse continuamente como muy hombres. Por ejemplo, ninguno deja de fumar con la mano izquierda y lo contrario es anatema” (571).

Si bien durante la primera etapa del régimen (1939-1953) se promovió la figura de una mujer dentro del núcleo familia y los confines de la casa, para así hacerse cargo de la educación de los futuros ciudadanos españoles, durante la segunda etapa (1953-1975) se produjo un cambio en la política del régimen a raíz del fin del aislamiento diplomático o autarquía que había sufrido

España. Debido al contacto con otros países europeos, y sobre todo debido a la influencia de Estados Unidos, se determinaron algunos cambios hacia la modernización y el desarrollo económico (Boyd, 237). Es cierto que se eliminó parte de la carga política que se le había dado a la historia y los materiales educativos, pues esto formaba parte de la estrategia del régimen de abrir las puertas a la europeización de España. Franco y su gobierno no tuvieron más remedio que hacer todo lo posible por re-establecer el contacto de España con el resto de países para poder hacer frente a los problemas económicos que tendrían que afrontar en caso de no establecerse conexiones con el resto de potencias. Sin embargo, esta apertura trae la apertura también de la población española: “the generation belonging to the late 1950s and early 1960s considered ourselves to be, on the one hand, dissenting from the predominant culture and institutions of Francoist Spain and, on the other, hopeful of the possibility of anchoring our dissent in the European experience of that time” (Pérez-Díaz, 2). Hasta ahora habían vivido en una completa situación de aislamiento por lo que era prácticamente imposible que se produjese un fuerte movimiento en oposición al régimen ya que éste se encargaba, a través de las diversas formas de manipulación y represión, de evitar que otra realidad se creyese posible. A raíz de la apertura y la conexión con otro tipo de sistemas de gobierno y sobre todo de ideologías, la sociedad española comienza a darse cuenta de que lo que se les ha “ofrecido” como única opción no lo es: “By the 1960s, the Francoist state could not control all information or even all schooling. This ‘slippage’ of the totalitarian state permitted some degree or articulation of difference” (Richards, 45). Es por eso que durante esta etapa comienzan a darse con más fuerza las asociaciones de estudiantes universitarios, de obreros y de católicos contrarios al régimen, como las JOC (Juventudes Obreras Cristianas).⁸ Todos ellos exigirán un cambio en las leyes que

⁸ “It began with opposition from a section of organized Catholicism, then it took the form of student rebellion, and in its third manifestation it was led by protest from workers” (Tusell, 160).

impuso el régimen y tratarán de construir, desde la oposición, un camino hacia el cambio para derrocar el gobierno franquista.

El propio cambio de dirección que tomó el régimen deja entrever las contradicciones que existían en las imposiciones que presentaron como únicas y estáticas ante la sociedad. Por ejemplo, el desarrollo de la industria y de la economía a partir de 1960 hizo que se requiriese una mayor fuerza de trabajo, por lo que se optó por alentar a las mujeres a que optasen por trabajar en la industria, siempre y cuando no dejaran de lado sus quehaceres domésticos y familiares, por lo que las mujeres tuvieron que hacer frente a una doble carga: de trabajar dentro y fuera de la casa.⁹ Este cambio puede entenderse también —como apunta Knights— en que a medida que el país iba convirtiéndose en una sociedad consumista muchas mujeres tuvieron que optar por trabajar fuera para así complementar el sueldo del marido, para así poder comprar los objetos materiales que estaban llegando al país tras un largo periodo de estancamiento (52). Lo que esta nueva identidad femenina demuestra es que surge una figura que el discurso ideológico franquista no era capaz de incluir como posible. Por lo que se destruye la autoridad y la hegemonía de este discurso ideológico que está basado en la imposición y exclusión identitaria en base a sus propios intereses políticos para alcanzar el poder y asegurar su legado en la sociedad española. Son estos cambios que parecen insignificantes los que cambiarán el rumbo de la sociedad y marcarán el “despertar” de una sociedad a la que se le había enseñado a obedecer a pesar de que supiesen que esas imposiciones no estaban fundamentadas, y que se les había aniquilado la capacidad de pensar para crear sujetos estáticos. Sin embargo, con estos cambios se posibilita que se comience a valorar una realidad más plural, en constante proceso de cambio, contraria a lo que la ideología franquista había promovido:

⁹ “[...] there was a female workforce which rose to 24 percent [...]” (Tusell, 198).

Associated with these shifts in women's socio-economic roles are significant changes of consciousness, particularly among women most exposed to the competing demands of public and private spheres. Tensions between and within so-called traditional (patriarchal, catholic, and family-centred) and modern (feminist, career-minded, or liberal individualist) values are played out not only in the workplace but in the home (Jones, 387).

La muerte de Franco en 1975 supone el final del régimen franquista y el comienzo de un proceso de transición para la sociedad española que aún no sabía cuál sería su futuro. Como comenta Michael Richards: "Much of Spain, by the time of Franco's death in 1975, was left with a legacy of repression and systematic discrimination against the regions, and a memory of fearful violence" (43). Encargado del primer gobierno fue el rey Juan Carlos I a quien Franco había adoctrinado y había nombrado como sucesor.¹⁰ Es él quien se encarga de nombrar a los miembros del nuevo gobierno y a los encargados de llevar al país adelante. A pesar de que la Transición (1975-1977/8) se ha considerado en innumerables ocasiones como un periodo de cambio hacia la democracia y la modernización de forma no traumática para la sociedad española, considero que existen motivos suficientes para creer que esta época fue en cierto modo la continuación de la ideología franquista. Ejemplo de esto es que tanto el rey como el primer presidente, Carlos Arias Navarro, y su sucesor Adolfo Suárez, habían desempeñado diferentes cargos dentro del régimen franquista y después tuvieron también cargos en la Transición. Por otro lado, no cabe olvidar que hasta el momento de la votación por el que sería el nuevo Presidente del Gobierno en 1981, Leopoldo Calvo Sotelo, las manifestaciones de la sociedad española por la involución política y la debilidad del nuevo gobierno así como diversos

¹⁰ "Initial public expectations regarding the new king were mixed. He was an ambiguous symbol for political change, as he could be seen both as a guarantor of continuity and as a promise of reform. Juan Carlos owed his position to Franco. As one among several candidates, he was chosen because he seemed able to combine and embody two sources of legitimacy: that of a traditional monarchy and that of the Francoist regime. Juan Carlos was educated under Franco's close supervision, and in 1969 he became Franco's officially recognized heir in a solemn televised ceremony in which he had to pledge before the Cortes, on his knees with his hand upon the Bible, to support Franco's political principles" (Pérez-Díaz, 32).

problemas sociales, como el paro y la situación obrera, eran latentes, por lo que se demuestra que existía una reacción contraria a la situación durante la Transición por parte de la sociedad española. La transición no fue un momento de cambio drástico, de ruptura total con el pasado, ni tan siquiera un sueño del que la sociedad española despertó, aunque muchas de las figuras políticas vinculadas al régimen sí parecieron sufrir de un sueño del que repentinamente despertaron siendo democráticos.¹¹ Como señala la autora Rosa Montero: “[...] son cuarenta años de Franco, cuarenta años de censura y de auto-censura, cuarenta años de embrutecimiento, y entonces la recuperación es lenta” (Rosa Montero, en Talbot). Existen múltiples razones por las que no se produce un cambio político y social durante esta época —pudiendo extenderlo incluso hasta parte de la democracia—, y se sigue tratando de alargar las imposiciones identitarias tanto colectivas como individuales, pero me gustaría rescatar una cita que, a pesar de hacer referencia a la situación posterior de España, creo que igualmente puede ser aplicada a la época de la transición:

Paradójicamente, quienes con mayor vehemencia han cuestionado el hecho de que España siga existiendo como nación son los conservadores del Partido Popular y sus valedores en los medios de comunicación. A juzgar por las encuestas de opinión de los últimos diez años, la inmensa mayoría de personas que residen en España no siente una especial inquietud con respecto a tales cuestiones. La preocupación generalizada entre los partidos políticos por definir o hacer inmutable el carácter nacional del país o de la región se contradice con las complejas identidades de sus habitantes, identidades que no son en absoluto estáticas y que varían en función del contexto (Balfour, Quiroga y Escartín, 350).

¹¹ Comenta Rosa Montero en su entrevista a Manuel Fraga Iribarne, que éste fue parte del gobierno franquista y de la transición, y que además fue Presidente de Galicia entre 1990 y 2005: “Volviendo a ese supuesto cambio de imagen que algunos le adjudican [...]. Quizá viendo su trayectoria se podría deducir una especie de doble personalidad. De alguna forma todos la tenemos. Usted ha dicho al principio que el hombre es contradictorio y es verdad. Pero, por ejemplo, hace muchos años ya estuvo en la reforma educativa de Ruiz-Giménez y salió con él del Gobierno. Una postura liberal hace mucho tiempo, y después...” a lo que responde Fraga: “[...] yo soy un liberal como lo fue Juan Luis Vives, como lo fue Gregorio Marañón. Eso entonces no lo decía nadie. Desde luego, no lo decía don Adolfo Suárez ni ninguno de los que ahora pasan por reformistas, eso es verdad” (Montero, “Cinco años” 98).

La sociedad española no era única e inmutable, los individuos que formaban esta sociedad tampoco eran prototipos de sujetos manipulados por un gobierno, la realidad abarcaba una pluralidad que necesitaba de reconocimiento y la única esperanza para ello era la llegada de un nuevo gobierno democrático. Sin embargo, durante la transición los mismos siguen en el poder —de ahí que se denomine “transición” y no “revolución” aunque la sociedad española esperaba un cambio más drástico en esta etapa—, evitando así que se produzca el cambio drástico de ideología que requería la sociedad. Como he mencionado anteriormente, la pluralidad implica un riesgo para el poder, lleva consigo la pérdida del control total que necesitan para instaurar un tipo de régimen. A pesar de que la sociedad española sea consciente de esta pluralidad sin un reconocimiento por parte de las instituciones en el poder, no podrán ser integradas en la realidad ya que ante el gobierno seguirán siendo espectros marginales: “No obstante, esta diversidad sí constituye un problema en tanto en cuanto que la pluralidad no ha sido resuelta a nivel institucional” (Balfour, *et al.*, 356).

La victoria en octubre de 1982 del PSOE lleva a Felipe González a formar el nuevo gobierno democrático de España. Esto trae consigo una pequeña bocanada de aire fresco para la sociedad, pero implica también una total remodelación del país y de sus habitantes para poder alcanzar los requisitos de una democracia dentro del marco europeo. Los cambios que se hicieron durante este gobierno son en parte exigencias para optar a integrarse dentro de la comunidad europea ya que España necesitaba una urgente modernización de muchas de sus leyes. De esta forma, por ejemplo, se aprobó la ley del aborto, del divorcio, etc. A pesar de estos cambios con objetivo modernizador y liberador, la sociedad española fue dándose cuenta de que seguía estando limitada por otro gobierno que seguía imponiendo sobre ella una forma de actuar, de ser, una identidad que encajase con las nuevas necesidades de este sistema: “In contemporary

Spain we see the emergence and, to some extent, the invention of a new tradition and a new identity: that of a democratic Spain in contrast to a Francoist Spain, connected in a problematic way with the pre-Francoist history, from which it is cut off by the trauma of the civil war” (Pérez-Díaz, 20-21). El régimen franquista y el primer gobierno democrático son sistemas opuestos pero se unen en el hecho de que ambos necesitan crear un individuo específico que ayude a sacar adelante los propósitos políticos del poder —fenómeno que se da en todo gobierno. Esto es evidente si se examinan algunos de los cambios sociales que se producen durante este gobierno y que afectan directamente a la identidad del individuo. En cuanto a la mujer por ejemplo se acepta la figura de la mujer soltera que había sido marginalizada por el franquismo, pero esto no es más que un cambio por los intereses propios del sistema: “[...] as described by Mercedes Soriano, ‘la madre soltera viene a ser a una mano de obra superbarata a quien la necesidad obliga a aceptar trabajos duros y mal pagados’ (1977, 53)” (Knights, 59). El gobierno y la sociedad siguen sin dar una posición y reconocimiento igualitario a la mujer: “This utopian notion of a sexuality freed from heterosexual constructs, a sexuality beyond ‘sex,’ failed to acknowledge the ways in which power relations continue to construct sexuality for women even within the terms of a ‘liberated’ heterosexuality or lesbianism” (Butler, 40-41). Sin embargo, la mujer no es la única que está atrapada dentro de este sistema de “libertad”, pues como denuncia Montero

[...] qué codificadas estamos las mujeres y los hombres con respecto a la cultura porque la cultura que vivimos es una cultura masculina. La educación literaria que hemos recibido es una educación literaria masculina. Los mitos culturales de esa sociedad son mitos masculinos, que es ese además uno de los grandes retos que tenemos las mujeres escritoras, las mujeres artistas, es crear nuestros propios mitos femeninos. (Montero, en Glenn, 1990)

Por otro lado, el sistema capitalista, dominante en muchos países modernos, en el que comienza a adentrarse el estado español es aún más exigente si cabe en el tipo de individuo que requiere para su funcionamiento. Desde las empresas privadas se va a requerir crear un sujeto que sirva para los objetivos del sistema y esto se conseguirá una vez más a través de la cultura, ya que como argumenta Du Gay es ésta la que estructura la forma en la que las personas piensan, sienten y actúan dentro de una organización. La organización o la empresa se encargan de crear ciertas actitudes, modelos de conducta y tendencias, y de incorporarlas en la sociedad para que de esta forma el sujeto le sirva de herramienta.¹²

En cuanto a la inclusión de la pluralidad de la sociedad española, la Constitución de 1978 abre la puerta a aceptar la diversidad cultural propia de España al respetarla en sus diversos artículos, pero al restaurar la monarquía sigue rescatando un símbolo de centralismo que Franco hizo perdurar (Morgan, 86). Segundo, y en relación a los estatutos de autonomía de 1979 y 1983, si bien representan una apertura hacia la aceptación del carácter multicultural y plural de España no acaban de representar la totalidad de lo que las autonomías exigían, y la práctica tampoco es la que debería en acorde con lo que marca la Constitución y los estatutos. Teniendo en cuenta la situación española actual y tras analizar los problemas que presentan los personajes de las obras de Rosa Montero, uno de los mayores problemas durante esta etapa democrática es el hecho de haber intentado borrar de España y de la sociedad tanto la Guerra Civil como la dictadura franquista.

Tras analizar diversos estudios sobre la transición y el primer gobierno democrático de España se puede concluir que la mayoría de ellos coinciden en considerar la democracia y la

¹² “[...] ‘culture’ is accorded a privileged position because it is seen to structure the way people think, feel and act in organizations. The problem is one of changing ‘norms’, ‘attitudes’ and ‘values’ so that people are enabled to make the right and necessary contribution to the success of the organization for which they work” (Du Gay, 151).

transición española como exitosas. Y lo fueron ya que en parte se consiguió evitar volver a un régimen dictatorial —el intento de golpe de estado de Tejero conocido como el 23-F— y sacar a España del receso y el estancamiento social, económico y político en el que fue sumergida a raíz de la guerra. Sin embargo, tras llevar a cabo un estudio de las novelas de la autora Rosa Montero que reflejan la sociedad española de la transición y la democracia, no me cabe sino discrepar ligeramente con este tipo de conclusiones. Desde el punto de vista puramente político e incluso económico no cabe duda de la eficacia de la transición, pero al indagar en la sociedad y los sujetos que la forman el resultado parece que no es el mismo. La sociedad no puede borrar de la noche a la mañana las consecuencias de una guerra que se convertirá en uno de los eventos históricos de mayor calado y los cuarenta años de la dictadura. Sin embargo, durante la Transición se dejó de lado a la sociedad evitando que expresase las necesidades que exigían en esta nueva etapa. Quizá uno de los motivos por los que se dejó a la sociedad fuera del proceso de transición que estaba sufriendo el país sea el hecho de que se les había mantenido durante 40 años fuera de la política y de su derecho a decidir —de ahí también que para la época de la transición un gran porcentaje de españoles se sintiese poco interesado en la política. No había una conciencia clara de que era la sociedad la que debía dirigir el futuro del país no sólo a través de un voto de papel, sino a través de la palabra, haciéndose oír.

Los políticos participantes en esta transición pecaron de lo que Ortega y Gasset llamó “particularismo”, citado por Ramón Buckley, que explica que “la esencia del particularismo es que cada grupo social deja de sentirse a sí mismo como ‘parte’ y, en consecuencia, deja de compartir los sentimientos de los otros grupos” y añade “particularismo es aquel estado de espíritu en el que creemos no tener por qué contar con los demás” (XVII). Es decir, creyeron en derecho de decidir por todo el pueblo español organizando esta transición. Y es que la transición

a la democracia, como cita Pérez-Díaz de O'Donnell y Schmitter, fue el resultado de las decisiones tomadas por una serie de actores políticos en conexión con las élites sociales, pero no con la sociedad, la gran mayoría que sufriría las consecuencias de esas decisiones. En consecuencia, estos actores políticos se convierten en los protagonistas del proceso de transición (28), que creó la famosa y en ocasiones aclamada amnistía y “reconciliación” para dar paso a una transición pactada. Buckley no podría describir este proceso mejor:

Las dos opciones políticas que parecían irreconciliables a la muerte de Franco —la reforma y la ruptura— se amalgaman a los pocos meses en una sola propuesta —la “ruptura pactada”— que fue el “abrazo de Vergara” de nuestra transición política. Esta reconciliación de la clase política, esta aparente fusión de los intereses de *los de dentro* y *los de fuera*, quedó plasmada pocos meses más tarde en la nueva Constitución. El error fue confundir esa reconciliación de la clase política con una verdadera reconciliación nacional, como si no existiera diferencia o distancia alguna entre la clase política y el pueblo español en general (XVII).

Nadie se encargó de explicarle a la sociedad española lo que suponía tanto la amnistía, como la transición, pero más importante aún, se dejó de lado el explicar el cambio que implicaba la democracia. El pueblo no era una hoja, tampoco un medio pasivo, ni un receptor de los cambios que el sistema político confeccionó para crear una obra maestra que años más tarde fuese alabada por todos. La sociedad necesitaba formar parte de manera activa en ese proceso que marcaría las consecuencias a las que tendría que hacer frente después. El silencio de la clase intelectual, de los escritores, son indicadores de este monopolio de la clase política ante el descontento de la sociedad, descontento que luego llevaría al espíritu del desencanto, a la movida española, y las diferentes formas de escape y rebelión que encontró la sociedad. A día de hoy aún se mantienen símbolos que recuerdan la dictadura franquista, aún quedan familias cuyo pasado sigue enterrado en algún lugar de España, la corrupción no es un problema al que se le ha dado solución, más bien ha resurgido con fuertes alas, y esto es también consecuencia de ese particularismo que se le dio a la clase política creyendo que podrían hacer lo que quisiesen

dentro de este espacio “privado”. La Historia oficial no ha hecho más que fomentar la creencia de que la transición y la democracia española fueron obras maestras creación de unos cuantos notables arquitectos que hicieron posible el cambio: “El concepto historiográfico, politológico o sociológico de transiciones democráticas ha ocultado bajo jergas formalistas las reales filiaciones históricas, institucionales, religiosas y políticas que efectivamente atraviesan el proceso de transformación social que media entre la dictadura nacionalcatólica española y la sociedad espectacular posmoderna” (Subirats, 14). No es momento de deslegitimar los beneficios de este proceso, pero como señala Buckley:

A los veinte años de iniciarse el proceso de transición estamos en situación de comprender todo lo que, en aquellos momentos, estuvo en juego para el pueblo español. Estamos en situación de alabar toda aquella maravillosa arquitectura política que, como por ensalmo, en tan poco tiempo se pudo levantar; pero estamos también en situación de comprender que los cimientos en los que se había construido tan maravilloso edificio no eran lo suficientemente firmes, que no bastaba la ciencia política para realizar aquel proceso político que parecía casi irrealizable, que faltaba la conciencia, la democracia como estado de *conciencia*, más que como producto de una determinada *ciencia* (XVIII).

Es por esto por lo que, como se verá en el análisis de las novelas que tratan sobre el presente, se da una necesidad de reflexión y revisión de este pasado inmediato, del proceso de Transición y de cómo se trató de olvidar lo ocurrido durante el franquismo.

3. TEORÍAS SOBRE LA IDENTIDAD: EN TORNO A LA CONSTRUCCIÓN IDENTITARIA COMO HERRAMIENTA

Debido a la inclinación del hombre a organizar todo lo que conforma su realidad en categorías herméticas y bien definidas, la tendencia imperante en cuanto a la concepción de la identidad individual ha sido la que lo concibe como un concepto estático, inmutable y lineal, tendencia que no se verá cuestionada en profundidad hasta la llegada de la postmodernidad, donde prima la multiplicidad de opciones. Históricamente el discurso filosófico occidental ha girado en torno a la necesidad de postular un sujeto que encaje bajo estos parámetros de coherencia identitaria, que es una estrategia de manipulación muy sutil por parte de las instituciones de poder para construir un individuo cuya identidad pueda sólo existir dentro del marco de posibilidades delimitadas y trazadas minuciosamente, de acuerdo con sus intereses.

¿Cómo se ha llevado a cabo esta imposición identitaria? A lo largo de la historia las instituciones de poder han introducido una serie de ideas en la sociedad que en su conjunto han ayudado a la creación de un sistema en el cual el individuo se ha visto obligado a aceptar una identidad que no es suya propiamente sino que ha sido diseñada de antemano para su funcionamiento dentro de dicho sistema:

Schiller's *On the Aesthetic Education of Man* (1791), [...]: it was civilization itself which imposed this wound upon modern man. Once the increase of empirical knowledge, and more exact modes of thought, made sharper divisions between the sciences inevitable, and once the increasingly complex machinery of State necessitated a more rigorous separation of ranks and occupations, then the inner unity of human nature was severed too, and a disastrous conflict set its harmonious powers at variance (Donald, 179).

De esta forma el sujeto se convierte en objeto sobre el cual se inscribe una identidad concreta y pasa a ser así “the instrument through which an appropriative and interpretive will determines a cultural meaning for itself. In either case, the body is figured as a mere *instrument* or *medium* for which a set of cultural meanings are only externally related.” (Butler, 13); un

sujeto que deja de tener control sobre sí mismo y pasa a estar en manos de las instituciones de poder que lo manipulan: “The citizen is the subject, the citizen is always a supposed object [...]” (Donald, 178).

Entre estas instituciones de poder Hélène Cixous destaca que “Hay muchos motivos para oponerse al servicio militar, a todas las escuelas, a la urgencia masculina de juzgar, diagnosticar, digerir, nombrar, ...” (Hélène Cixous, citada en Moi, 121). Quizás el más importante en cuanto al tema que estamos aquí tratando sea que estas instituciones han sido dotadas de una función extra: la de aprisionar la realidad en estructuras jerárquicas rígidas que limitan al individuo sobre el cual ejercen un poder de control. Cada una con su propia estrategia favorece y aumenta la hegemonía del sistema haciendo entender lo que uno es, o ¿quizás lo que no es? —pregunta que explicaré más adelante—, porque al fin y al cabo, este sistema produce un individuo cuya identidad acaba siendo, como señala Stuart Hall, posiciones que está obligado a adoptar aun sabiendo que es una representación, y como tal se construye a través de la carencia, desde el sitio del Otro, y que por tanto nunca podrán adecuarse a la realidad del sujeto (6).¹³

Se trata en primer lugar de ejercer un poder de control sobre los deseos. ¿Por qué tomar como punto de partida los deseos? Al fin y al cabo son éstos los motores que impulsan al individuo en una dirección u otra. Todo ser humano se guía por sus impulsos, sus deseos, que a su vez pueden ser totalmente diferentes a los que experimenta otro individuo. Esto es lo que lo lleva a actuar de una forma u otra, y por tanto a adoptar un rol concreto: y de ahí, de la variedad, de las múltiples posibilidades surge el caos para un sistema específico que trata de homogeneizar —cayendo en la falsedad— los roles que los individuos sobre los que ejerce su dominación

¹³ “[...] no se trata del mismo mecanismo de poder. No sólo porque se trata aquí de medicina y allá de ley; aquí de educación, allá de penalidad; sino también porque no es la misma táctica puesta en acción [...]. Las instituciones escolares o psiquiátricas, con su población numerosa, su jerarquía, sus disposiciones espaciales, sus sistemas de vigilancia, constituían junto a la familia, otra manera de distribuir el juego de los poderes y los placeres” (Foucault, 54-61).

puedan representar. Una vez limitados los deseos se codificarán para ser organizados dentro de este sistema tal y como apuntan en su estudio Gilles Deleuze y Félix Guattari: “Lo reprimido es la producción deseante. Es lo que, de esta producción, no pasa en la producción o la reproducción sociales. Es lo que introduciría desorden y revolución, los flujos no codificados del deseo” (179). Si hablamos de deseos tampoco se nos puede pasar por alto la importancia a su vez de emplear la misma táctica sobre la sexualidad. Si se delimita, redirige, en definitiva, si se controla la sexualidad de cada individuo, se produce una forma más de poder imponerle lo que ha de ser dentro de ese sistema. Como cuestiona Foucault, ¿por qué sino ese interés en estudiar la sexualidad, catalogar las diferentes opciones, definir lo que es aceptable y lo que no, lo que se sale de “la norma”?:

A través de tantos discursos se multiplicaron las condenas judiciales por pequeñas perversiones; se anexó la irregularidad sexual a la enfermedad mental; se definió una norma de desarrollo de la sexualidad desde la infancia hasta la vejez y se caracterizó con cuidado todos los posibles desvíos; se organizaron controles pedagógicos y curas médicas; los moralistas pero también (y sobre todo) los médicos reunieron alrededor de las menores fantasías todo el enfático de la abominación [...] (Foucault, 48).

A través de la codificación y la definición no sólo se está imponiendo lo que el individuo debe ser, cómo debe comportarse y cómo es representado. Es una táctica de doble filo que al mismo tiempo que impone está asegurando su hegemonía a través del rechazo y la condena de otras posibilidades.

En segundo lugar se marginan otras posibilidades a través de lo cual el sistema asegura su estabilidad, deshaciéndose de las posiciones que no interesan para su funcionamiento, los “posibles desvíos” a los que hacía referencia Foucault. Estos “desvíos” —que no son más que parte de la realidad del individuo— pondrían en riesgo el funcionamiento del sistema ya que al

surgir alternativas a lo impuesto se daría pie al cuestionamiento de su credibilidad y sobre todo de su supremacía.

Para que esto no suceda se ha de hacer creer al individuo en una oposición binaria sencilla de la que surgen el resto de binarios —de las que se ha hecho mención en el capítulo primero en relación al contexto específico a España—, las cuales tendrán la función una vez más de contribuir a la imposición de una identidad concreta basada en la dicotomía: bueno/malo; es decir, aquello que es aceptable dentro del sistema se puede clasificar a través de esta dicotomía mientras que lo que no encaje o se adecua a esto será desechado y despojado de identidad. El porqué de establecer estas oposiciones lo explica claramente en su estudio Toril Moi: “Para que uno de los términos adquiera significado, explica, debe destruir al otro” (115). Es entonces a través de la destrucción del otro que el sistema puede no sólo tomar significado propio sino que evita ofrecer al individuo la posibilidad de cuestionar por qué debe elegir esa opción cuando hay múltiples posiciones que podría adoptar.

Es de este binario de donde emana el pensamiento binario machista dominante en la sociedad, ya que tal y como hemos comentado anteriormente, el control se ejerce por parte de las instituciones del poder y ahí se ha situado el hombre, mientras que la mujer ha quedado relegada a una posición de sujeto sobre el cual se han inscrito una serie de señas que ha de representar: “La filosofía y el pensamiento occidental están y han estado siempre atrapados en una serie interminable de oposiciones binarias que siempre vuelven a la ‘pareja’ fundamental de masculino/femenino, [...] y su consecuente evaluación positivo-negativo” (Moi, 113). No se trata de hacer desaparecer a la mujer o al resto de grupos que quedan fuera del orden dominante, sino de hacer creer que no tienen importancia en el funcionamiento del sistema, mientras que a su vez

se les asigna funciones que ayudan a mantener esa supremacía de la que hablaba anteriormente.¹⁴ Es una relación que se basa en el contraste, es decir, se puede emplear el *yo* siempre y cuando exista un *tú* al que se esté dirigiendo; si este *tú* desaparece del diálogo entonces no se dará la situación de contraste necesaria para que se pueda utilizar el *yo*.¹⁵ Esta relación de necesidad del Otro también podría entenderse dentro de la relación amo-esclavo propuesta por Georg Wilhelm Friedrich Hegel. El amo necesita compararse con el esclavo, para a través de la diferencia que establece con respecto a él, reafirmar su posición como superior, tal y como expone Frantz Fanon de Hegel: “Self-Consciousness exists in itself and for itself, in that and by the fact that it exists for another self-consciousness; that is to say, it is only by being acknowledged or recognized” (216). De acuerdo con estos planteamientos, se puede entender la necesidad de mantener al Otro dentro del sistema pero siempre manteniendo ese control para que no acabe poniendo en peligro su estabilidad.

Tercero, se introducen teorías que favorezcan la naturalización de las ideas que el sistema trata de imponer sobre el sujeto —las oposiciones binarias, la idea de una identidad estable y fija, la hegemonía del patriarcado, y la codificación de los deseos y la sexualidad. Me concentraré en las siguientes líneas en analizar el complejo de Edipo propuesto por Freud y algunos de los conceptos claves de Lacan ya que por un lado ambos han tenido una gran impronta en la concepción del individuo y de la construcción de su identidad; y, por otro lado —como explicaré en el capítulo tercero— las novelas de Rosa Montero muestran un

¹⁴ “Es precisamente porque el orden dominante no puede mantener el *status quo* sin la continua explotación y opresión de estos grupos por lo que intenta ocultar su importancia en la economía, marginándolos en un nivel políticos, ideológico y cultural” (Moi, 178).

¹⁵ “Consciousness of self is only possible if it is experienced by contrast. I use I only when I am speaking to someone who will be a *you* in my address. It is this condition of dialogue that is constitutive of *person*, for it implies that reciprocally I become *you* in the address of the one who in his turn designates himself as *I*” (Benveniste, 40-41).

cuestionamiento de éstas concepciones ya que se centran en concebir a un individuo sujeto a una identidad estática.

De acuerdo con el complejo de Edipo que propone Freud para entender cómo construye su identidad el individuo —quizás sería más adecuado hablar aquí del varón, ya que sus teorías no se refieren al caso de la mujer—, el niño encuentra su posición dentro del triángulo madre-padre-hijo a través de la diferenciación. Para que se dé un complejo de Edipo positivo el niño debe desarrollar odio o rivalidad con respecto al padre y atracción hacia la madre, lo cual ocasionaría el incesto y a su vez el deseo de acabar con la figura del padre ya que es el temor hacia su poder lo que produce la prohibición del incesto. El niño entonces repudiaría a la madre como objeto de deseo que le queda prohibido, y se identificaría con el padre reafirmando a su vez su masculinidad y optando por la heterosexualidad. La opción opuesta sería un complejo de Edipo negativo en el que el niño se identificaría con la madre y daría paso a que la homosexualidad se haga posible. Freud señala que el que el niño escoja una dirección u otra depende de las “disposiciones” que él describe como naturales. Sin embargo, y como apunta Butler, estas disposiciones dejan de ser naturales desde el momento en que existe un carácter prohibitivo en el complejo de Edipo: “[...] gender identification is a kind of melancholia in which the sex of the prohibited object is internalized as a prohibition. This prohibition sanctions and regulates discrete gendered identity and the law of heterosexual desire” (Butler, 86). En definitiva, el complejo de Edipo y la posibilidad de escoger resultan una falacia que trata de esconder el carácter prohibitivo del mismo y a su vez impone la ley que produce una sexualidad

que sea culturalmente aceptable bajo un sistema heterosexual de dominio masculino función que también señalan Deleuze y Guattari:¹⁶

Anteriormente hemos visto cómo la prohibición del incesto no remitía a Edipo, sino a los flujos no codificados constitutivos del deseo y a su representante, el flujo pre-personal intenso. En cuanto a Edipo, todavía es una manera de codificar lo incodificable, de codificar lo que se escapa a los códigos, o de desplazar el deseo y su objeto, de tenderles trampas [...]. El chantaje freudiano consiste en esto: o bien reconoces el carácter edípico de la sexualidad infantil, o bien debes abandonar toda posición sobre la sexualidad (180, 106).

Otro de los aspectos que ha puesto en duda la validez de la teoría de Freud es el hecho de que es imposible que el niño establezca su identidad a raíz de la separación con la madre ya que esta diferenciación no llega a producirse en su totalidad. Lo que quiero decir es que para que se pueda dar esa separación el niño debería llegar a reconocer a la madre como un sujeto en sí mismo con una identidad propia. Pero esto no es el resultado del complejo de Edipo, sino que lo que ocurre es que el niño repudia a la madre.¹⁷ Por tanto, a consecuencia del rechazo, es incapaz de reconocer a la madre el lugar independiente que debería tener en este triángulo, por lo que no puede llegar a crearse un sujeto autónomo:

This is the major internal contradiction in the oedipal model. The oedipal resolution is supposed to consolidate the differentiation between self and other —but without recognizing the mother. [...] The point of the oedipal triangle should be the acknowledgment that ‘I must share mother she is outside my control, she is involved in another relationship besides the one with me’ (Benjamin, 238).

En cuanto a las teorías de Lacan, han surgido diversas opiniones por parte de la crítica feminista. Autoras como Julia Kristeva o Luce Irigaray se han opuesto a algunas de sus concepciones tachándolas de falocentristas. Lacan define la etapa del espejo como

¹⁶ “Despite the appearance of gender neutrality and the freedom to be whatever we like, gender polarity persists. And it creates a painful division within the self and other; it constantly frustrates our efforts to recognize ourselves in the world and in each other” (Benjamin, 242).

¹⁷ “Realizing that mother belongs to father, or responds to his desire, is not the same as recognizing her as a subject of desire, as a person with a will of her own” (Benjamin, 238).

[...] the mirror stage as *an identification*, [...] the transformation that takes place in the subject when he assumes an image [...]. The jubilant assumption of his specular image by the child at the *infants* stage, still sunk in his motor incapacity and nursling dependence, would seem to exhibit in an exemplary situation the symbolic matrix in which the *I* is precipitated in a primordial form, before it is objectified in the dialectic of identification with the other, and before language restores to it, in the universal, its function as subject (Lacan, 45).

Según este concepto el niño, al ver su imagen reflejada en el espejo, crearía una primera imagen coherente de sí mismo con la que se identificará posteriormente. Sin embargo, Lacan apunta a que esto es una ficción ya que el niño carece en esta etapa de co-ordinación y por tanto lo que viene a capturar es la fragmentación del niño.

El problema, de acuerdo a las feministas, se encuentra en la concepción de lo que Lacan denomina Orden Símbolico, en donde acaba dominando el poder del falo, y todo se rige en función de la Ley del Padre:¹⁸

Lacan calls the paternal prohibition (the incest taboo) the ‘law of the father,’ and he develops the connection between law and language by way of a pun. In French *Non* (No) and *Nom* (Name) sound alike. The no that prohibits (the father's law) and the name that establishes authority (the father's name or the proper name) are conferred simultaneously. By submitting to the law of the father (his no and name) the child assumes a symbolic identity and place in the human universe of meaning, i.e., the child becomes a subject, bound by law and bearer of language. With this compliance, the child takes on a life of desire and incompleteness, pursuing lost objects with no firm ground or fixed purpose, a lack of plenitude in being that Lacan designates as castration. (Zakin, s.p.)

Según la concepción de Butler, la Ley del Padre ejerce una prohibición sobre los dos sexos, el masculino y el femenino, que funciona en el Orden Simbólico pero no en el dominio de lo imaginario, donde resurgirá una sexualidad inconsciente.¹⁹ Lo que hace la Ley del Padre es

¹⁸ “Entrar en el Orden Simbólico significa aceptar el falo como representación de la Ley del Padre. Toda la cultura humana y toda la vida en sociedad están dominadas por el Orden Simbólico y en consecuencia por el falo como símbolo de carencia” (Moi, 110).

¹⁹ “The masculine linguistic position undergoes individualization and heterosexualization required by the founding prohibitions of the Symbolic law, the law of the Father. The incest taboo that bars the son from the mother and thereby institutes the kinship relation between them is a law enacted ‘in the name of the Father’. Similarly, the law that refuses the girl’s desire for both her mother and father requires the rules of kinship. Both masculine and feminine positions are thus instituted through prohibitive laws that produce culturally intelligible gender, but only through the production of an unconscious sexuality that reemerges in the domain of the imaginary” (Butler, 38).

reprimir los deseos primarios que se dan de forma natural en el niño. Tal y como afirma Butler, uno de esos deseos es el instinto de dependencia del niño hacia la madre, por lo que, sólo a través del rechazo del cuerpo materno puede formarse lo Simbólico —que define Butler como toda significación lingüística estructurada por la ley paterna— y así el niño no es más que una herramienta para dar continuidad a la hegemonía de la Ley del Padre como forma de represión (Butler, 107).

Por último, se debe crear un lenguaje propio que estructure esa realidad que se ha creado, que defina y dé a su vez “existencia” a los términos que van a formar parte de esa realidad.²⁰ Tal y como ya apuntó Lacan y subraya Emile Benveniste, el individuo adquiere significado por sí mismo dentro del dominio del lenguaje, por lo que se deduce también que la identidad se construye a través de éste: “It is in and through language that man constitutes himself as a subject, because language alone establishes the concept of ‘ego’ in reality, in *its* reality which is that of being” (40). ¿Qué es lo que hace escoger el lenguaje como instrumento mediante el cual constituirse como sujeto?: “All the characteristics of language, its immaterial nature, its symbolic functioning, its articulated arrangement, the fact that it has content, are in themselves enough to render suspect this comparison of language to an instrument [...]” (Benveniste, 40). Estas características son las que hacen que el individuo tome el lenguaje como un instrumento que le permite definirse como sujeto con identidad, una vez más y como señala la autora, mediante el intercambio que se da en el habla con el Otro, por lo que el lenguaje actúa como objeto en ese intercambio. Tomando el lenguaje como objeto, el sistema de poder —en este caso masculino en esencia— ejerce un control sobre lo que puede ser representado a través de ese lenguaje que utiliza como instrumento, y lo que no. No se trata de que el lenguaje sea un

²⁰ “[...] language, unlike perception (I perceive an object or I don't), can evoke simultaneously the presence and the absence of the thing (I can represent objects that are not present)” (Zakin, s.p.).

instrumento misógino por naturaleza, sino que es en el uso que se le da por parte de las instituciones de poder donde se le ha otorgado una función que lo convierte en un lenguaje falocéntrico.²¹ En este caso, es la Ley del Padre lo que organiza toda significación lingüística reprimiendo significados múltiples, es decir otras posibilidades, que puedan poner en peligro su estabilidad, y estructurando finalmente toda realidad para el individuo instaurando nuevos significados: “Un símbolo es únicamente una máquina social que funciona como máquina deseante, una máquina deseante que funciona en la máquina social, una catexis de la máquina social por el deseo” (Deleuze y Guattari, 187). En este marco de lo irrepresentable se encuentra la mujer. En el apartado sobre el complejo de Edipo de Freud he señalado que la mujer queda en una posición sin ser reconocida por parte del niño, y lo mismo ocurre con el lenguaje falogocéntrico, donde la mujer carece de lugar: “[...] women represent the sex that cannot be thought, a linguistic absence and opacity” (Butler, 13). Es por esto por lo que la mujer se verá obligada a crear un lenguaje propio que la represente tal y como es, no como el sistema misógino ha querido que sea definida en base a esa oposición negativa resultado de la comparación con el hombre.

Tras haber trazado de forma general los diferentes mecanismos que han sido necesarios para instaurar un sistema de poder esencialmente misógino y patriarcal, en el que se concibe la identidad como algo ya fijado e inmutable, cabe preguntarse por la necesidad de imponer este tipo de identidad, cuál es el objetivo.²² A esto responderé con una pregunta retórica tomada de Michel Foucault: “¿no está dirigida a una preocupación elemental: asegurar la población,

²¹ “For Wittig, language is an instrument or tool that is in no way misogynist in its structure, but only in its applications” (Butler, 36).

²² “En cuanto a la palabra ‘patriarcal’ diré de inmediato, que en el sentido que aquí la empleo, es prácticamente sinónima del concepto del poder. Así ‘el discurso patriarcal’ significa esencialmente el ejercicio del poder en movimientos imaginativos o físicos, movimientos o gestos de configuración nunca gratuita, sino en relación absoluta con el diseño del deseo manifestado por la voluntad; es decir, la forma no es un adherido al significado, de quita y pon, sino precisamente su misma articulación” (Smith, 270).

reproducir la fuerza de trabajo, mantener la forma de las relaciones sociales, en síntesis: montar una sexualidad económicamente útil y políticamente conservadora?” (48) ¿No se trata al fin y al cabo de crear unos sujetos con una identidad que favorezca el funcionamiento del sistema y a su vez asegure su continuidad? Se nos ha hecho creer que tenemos la libertad de elegir múltiples opciones, que el individuo puede ser lo que quiera y representarse según lo que es, pero existe una represión de los deseos para configurar este sistema:

[...] es necesario haberse construido una representación hartamente invertida del poder para llegar a creer que nos hablan de libertad todas esas voces que en nuestra civilización, desde hace tanto tiempo, repiten la formidable conminación de decir lo que uno es, lo que ha hecho, lo que recuerda y lo que ha olvidado, lo que esconde y lo que se esconde, lo que uno no piensa y lo que piensa no pensar. Inmensa obra a la cual Occidente sometió a generaciones a fin de producir —mientras que otras formas de trabajo aseguraban la acumulación del capital— la sujeción de los hombres; quiero decir: su constitución como ‘sujetos’, en los dos sentidos de la palabra (Foucault, 76).

El sujeto no deja de ser un cuerpo de producción necesario tanto económica como social y políticamente dentro de una sociedad y bajo un sistema concreto. Por ello las instituciones de poder diseñan y producen un sujeto al que luego van a representar.²³ De esta forma el sujeto no es lo que en realidad es, sino que es lo que se le ha asignado, el modelo que se le ha impuesto. Acaba siendo una mitad, no puede llegar a ser completamente ya que se debate entre las exigencias externas del sistema y las imposiciones de éste, y sus deseos internos que como he mencionado anteriormente siguen existiendo en el inconsciente del sujeto.

Al analizar las teorías de Freud y Lacan se aprecia que el hecho de concebir la identidad como algo fijo, estático, es inadecuado ya que sólo funciona dentro de una realidad que ha sido de antemano creada para encajar según las necesidades de un sistema de poder misógino. Sin

²³ “Juridical notions of power appear to regulate the political life in purely negative terms —that is, through the limitation, prohibition, regulations, control, and even ‘protection’ of individuals related to that political structure through the contingent and retractable operation of choice. But the subjects regulated by such structures are, by virtue of being subjected to them, formed, defined, and reproduced in accordance with the requirements of those structures” (Butler, 2-3).

embargo, este “montaje” está predestinado a caerse por su propio peso. En primer lugar, el sistema crea una serie de ideas que no se adecuan a la realidad a pesar de que mediante el control de los medios de definición trata de justificar su veracidad. Instauran su propia realidad manipulada y limitada sobre la realidad que agrupa todo aquello que han dejado de lado, las múltiples posibilidades de la realidad que ha omitido para crear una única posición posible. Para ello se trata también de hacer creer que una realidad con múltiples posibilidades fuera de ese sistema no es más que una utopía para evitar el efecto revolucionario de tomar posiciones alternativas. Como bien explica Toril Moi:

Los argumentos antiutópicos tienden a desarrollarse desde la derecha, como parte de una estrategia que busca la neutralización o la recuperación de los contenidos revolucionarios del sueño utópico. El más pernicioso entendido de los argumentos antiutópicos que describe Neusüss es el que podríamos llamar enfoque “realista”. [...] la posición ‘realista’ se opone a la naturaleza contradictoria de muchas utopías: según este argumento no tiene ningún sentido tenerlas en cuenta, porque son tan ilógicas que cualquiera podría decir que no funcionarían en la vida real. [...] los aspectos contradictorios de sus textos como consecuencias del conflicto entre una ideología machista ya de por sí contradictoria y el pensamiento utópico que lucha por liberarse de su acorralamiento (131).

Lo que realmente debería de ser tratado como realidad, es decir, el carácter cambiante y contradictorio de la identidad individual, se ha tachado de pensamiento utópico mientras que se ha promovido la construcción de una identidad individual basada en concepciones que no se corresponden con la realidad, pero que sin embargo se han impuesto como tales. ¿Cómo podemos creer en un sistema que primero construye a los sujetos que lo integran y luego los representa, cuando de forma lógica esto debería ser al revés? El sujeto es en su esencia incoherente, cambiante y en continuo desarrollo, por lo que no encaja con las normas que socialmente se han instaurado en él, haciéndole creer que la identidad que se le impone es natural cuando la realidad es *naturalizada*. Es decir, se ha instaurado en la sociedad a través de diferentes medios para que al final se llegue a considerar como algo natural cuando no lo es:

“[...] the law produces and then conceals the notion of ‘a subject before the law’ in order to invoke that discursive formation as a naturalized foundational premise that subsequently legitimates that law’s own regulatory hegemony” (Butler, 3). Además, todas las posibilidades que la Ley reprime y deja fuera del sistema, no desaparecen, por lo que tarde o temprano saldrán a la luz, lo cual demostrará que efectivamente la identidad ha sido construida a partir de un conjunto de prohibiciones que resultan ineficaces.²⁴ Y es que en realidad no hay razón suficiente para justificar que las identidades de los individuos son algo coherente, iguales unas de las otras y que no están sujetas a cambios, ya que en este caso la identidad se convertiría —siguiendo con los planteamientos de Butler— en un ideal normativo en vez de ser una característica descriptiva de la experiencia (23).

¿Qué es entonces la identidad? En primer lugar, y en relación con las ideas anteriores, el sujeto es como dice Moi “lo que no es” (109); es decir, si se asume que el sujeto representa una identidad que le ha sido impuesta y que por tanto no representa una elección propia, entonces se puede deducir que lo que en realidad el sujeto es aquello que no es: todo lo que queda oculto bajo la normatividad de las leyes del sistema. Aquí se entendería también la identidad como *actuación* —la *performance* de Butler— ya que el sujeto acaba representando un papel, un rol, en base a una serie de normas que se han ido naturalizando para al final crear estereotipos de identidades posibles pero que no abarcan la realidad. Se produce entonces una necesidad de redescubrir qué es el individuo y sobre todo de extender el análisis a aquellos grupos que han sido desplazados de la posibilidad de ser no definidos sino reconocidos.

²⁴ “As Rose points out very clearly, the axis of the feminine/masculine is bound to fail; the disruptions of this coherence through the inadvertent reemergence of the repressed reveal not only that ‘identity’ is constructed, but that the prohibition that constructs identity is inefficacious (the paternal law ought to be understood not as a deterministic divine will, but as perpetual bumbler, preparing the ground for the insurrections against him)” (Butler, 39).

Los primeros pasos los da la crítica feminista que se opone a la concepción clásica de la identidad que desplaza otro tipo de posibilidades y, sobre todo, rechaza la imposición de un sistema misógino. Una vez analizados los aspectos que invalidarían los planteamientos tradicionales, y tras haber mostrado que los términos que se han impuesto son limitados con respecto al amplio espectro que cubre la realidad, el mayor conflicto llega a la hora de construir nuevos planteamientos. Críticas como las de Irigaray tratan de crear su propia teoría sobre la feminidad, pero al fin y al cabo caen en la misma trampa que el discurso falocentrista. Como se ha explicado anteriormente el hecho de definir implica al mismo tiempo el limitar e imponer sobre lo que se está definiendo, como dice Moi “definir a la ‘mujer’ es esencializarla” (149), y además esto no haría más que ayudar al mantenimiento del conjunto binario que ha impuesto el sistema patriarcal: “La definición de las mujeres como necesariamente femeninas, y de los hombres como necesariamente masculinos, es precisamente lo que permite a los poderes machistas marginar, no sólo a la feminidad, sino a todas las mujeres en el orden simbólico y en la sociedad” (Moi, 174). Si se parte de la idea de que la realidad incluye múltiples posibilidades dispares de sí mismas y que por consiguiente la identidad es igual de heterogénea, entonces se está delimitando el marco de posibilidades. No se trata de reemplazar los términos antiguos por nuevos que se consideran mejores o más verdaderos. Si se piensa en el término “mujer” y se trata de definir a un individuo de acuerdo con esa “etiqueta”, no se estará cubriendo todo lo que ese individuo es ya que la identidad está constituida de otros muchos aspectos que son propios de ese individuo y no de otro:

As Denise Riley’s title suggests, *Am I That Name?* is a question produced by the very possibility of the name’s multiple significations. If one ‘is’ a woman, that is surely not all one is; the term fails to be exhaustive, not because a pregendered ‘person’ transcends the specific paraphernalia of its gender, but because gender is not always constituted coherently or consistently in different historical contexts, and because gender intersects

with a racial, class, ethnic, sexual, and regional modalities of discursively constituted identities (Butler, 4-5).

Además, construir una categoría de mujer como algo estable lo que hace es entrar dentro del matrix heterosexual sin ser capaz de salir de él, y cae en los mismos términos de poder y exclusión sobre los que se basaba el dominio patriarcal. En este sentido, y al igual que critica Butler, algunas feministas han visto la necesidad de concebir el patriarcado como algo universal que consecuentemente crea una misma experiencia de subyugación en las mujeres. Es así como el feminismo crea el contexto en el cual sus demandas adquieran sentido. De nuevo se cae en el mismo juego que se criticaba anteriormente: “The suggestion that feminism can seek a wider representation for a subject that it itself constructs has the ironic consequence that feminist goals risk failure by refusing to take account of the constitutive powers of their own representational claims” (Butler, 6).

Planteamientos como los de Monique Wittig o Simone de Beauvoir van más allá de la definición y la categorización de la mujer para concebirla como algo en continuo proceso de creación y de cambio, por lo que llegan a plantear un sujeto que no está descrito mediante las categorías de hombre o de mujer. Como advierte Butler, no se trata de un andrógino o un tercer género sino que es una ruptura con la oposición binaria impuesta en el sujeto que deja de tener sentido (173). Como forma de superación de los problemas surgidos a raíz de los primeros planteamientos feministas mencionados anteriormente, se optó por la deconstrucción a partir de las nuevas tendencias postmodernistas. El postmodernismo surge en la segunda mitad del siglo XX a raíz del fracaso de renovación que promovía el movimiento modernista. De esta forma se opone a la tendencia occidental de dividir el mundo en dualidades ya que como hemos visto esto excluye del marco de posibilidades al resto de alternativas, por lo que el postmodernismo opta por una realidad plural y variada. Algo parecido sucede con el lenguaje y con el concepto de

verdad. El lenguaje al igual que el dualismo moldea la realidad de acuerdo con las necesidades del sistema de poder, excluyendo de nuevo aquello que no interesa y se impone una visión de la realidad única cuando el postmodernismo denuncia que la realidad depende de la perspectiva y de cómo cada individuo lo vea, ideas que atañen directamente al concepto de identidad que ha primado en la sociedad occidental.²⁵ Estos planteamientos cuestionan por tanto los textos que hemos analizado anteriormente y es por ello por lo que encaja perfectamente con las necesidades de renovación de las teorías feministas ya que en vez de imponer otra visión de la realidad lo que intenta es aceptar las múltiples posibilidades que existen. No se trata de imponer nuevos conceptos que sean más válidos o de crear un conocimiento verdadero en oposición al anterior, sino que lo que el postmodernismo hace es deconstruir los conceptos anteriores que deja de ser útiles en su concepción original (Butler, 1).

En definitiva, para el análisis de la concepción de la identidad en las novelas de Rosa Montero que sigue a este capítulo, entiendo el concepto de identidad en oposición a los planteamientos anteriores que la conciben como algo estático, fijo, y tomando como referencia teorías deconstructivas postmodernistas como las de Butler ya que es esto —bajo mi punto de vista y de acuerdo con la lectura que realizo de las obras— lo que las novelas de Montero presentan a través de sus personajes. Parto de la idea de que las identidades no son algo coherente y unificado, no se puede concebir la identidad de un individuo como equiparable a la de otro ya que siempre existirán parámetros que los hacen diferentes. La identidad es algo fragmentado, en constante cambio y evolución, siendo al fin y al cabo un proceso que no tiene fin salvo la muerte. Es por este carácter cambiante que la identidad no puede concebirse como

²⁵ “The deconstruction has been conducted within a variety of disciplinary areas, all of them in one way or another critical of the notion of an integral, originary and unified identity” (Hall, 1), y “Postmodernist theory deconstructs the concept of unity —and by extension that of identity, in its sense of ‘sameness’— exposing it as a political manoeuvre designed to suppress recognition of difference within” (Labanyi, 397).

coherente, sino que puede presentar aspectos contradictorios que bajo las normas que se nos han impuesto se consideran incoherentes. Como afirma Butler, no se trata de ser sino de convertirse en (4).

Antes de pasar al análisis de las novelas queda sin embargo un aspecto por aclarar: ¿si se propone una deconstrucción de la imposición identitaria por parte de los sistemas de poder —en este caso el tardío franquismo y la primera etapa democrática—, entonces se está a su vez promulgando un individuo a-social? O como cuestiona Pérez Garzón:

¿Es posible hablar de identidad colectiva o sólo de identidad personal que, a su vez, contiene ingredientes comunes con el colectivo al que pertenece? ¿Hasta qué punto ese elemento de identidad colectiva que se alberga en cada persona no es cambiante, pasajero y plenamente inducido por factores contradictorios entre sí? (6).

Considero que no es esta la propuesta de la autora ni tampoco la mía al plantear la posibilidad de un sujeto cuya identidad rompa con los moldes establecidos. Lo que se pretende a través de la deconstrucción es liberar al individuo de ataduras, al demostrar que el sistema le impone una identidad que entra en conflicto con su propia realidad y con sus necesidades como sujeto independiente. No se puede olvidar que debido al hecho de estar inserto en una comunidad, en una sociedad que funciona a través de una serie de normas o patrones impuestos, el individuo también está sujeto a esa identidad colectiva pero debe ser capaz de no acabar sometido única y exclusivamente a ese rol estático y hermético que le ha sido asignado. El problema de estar dominado por una identidad construida por el sistema es, tal y como concluye Paul Du Gay, que siempre va a ser una representación y que las representaciones se construyen siempre a través de la falta, desde la posición del Otro, por lo que no serán capaces de asemejarse a la realidad del sujeto (6).²⁶ Por otro lado, la identidad social a la que está sometido se construye

²⁶ “Identities are, as it were, the positions which the subject is obliged to take up while always ‘knowing’ (the language of consciousness here betrays us) that they are representations, that representation is always constructed

sobre unos cimientos que, tal y como se ha señalado anteriormente, caen por su propio peso ya que no aceptan la diversidad y la complejidad de la realidad al tratar de limitarla en función de sus intereses, moldeándola hasta crear una falsa realidad:

En consecuencia, se producen identidades nacionales que, como productos sociales, pueden tener una vida más o menos estable, pero que, en todo caso, forman parte de un universo simbólico con un más amplio repertorio de identidades, y que, en la socialización de cada persona, se internalizan con diferentes jerarquías (Pérez Garzón, 6).

Se produce por tanto un conflicto entre la naturaleza interna del individuo y lo que una realidad externa demanda de él, lo que James Donald define como una “no identidad” que tiene como consecuencia un sujeto dividido y fragmentado que no puede alcanzar una totalidad, el llegar a ser un sujeto completo (179).

across a ‘lack’, across a division, from the place of the Other, and thus can never be adequate-identical-to the subject processes which are invested in them” (Hall, 6).

4. ANÁLISIS DE LAS NOVELAS

4.1 La memoria individual frente a la historia oficial: análisis de las novelas de rosa montero que recuperan el pasado

A pesar de que entre la publicación de *Bella y oscura* en 1993 y la de *La hija del caníbal* en 1997 vieron la luz otras novelas de Rosa Montero, ambas muestran aspectos comunes que son herencia de novelas anteriores que resultan útiles para la presente investigación. En concreto propongo hacer uso de dos recursos que se muestran en estas dos novelas para indagar en el tema de la creación identitaria. En primer lugar, se intentará mostrar cómo ambas recurren a la novela negra aunque de forma algo diferente al estilo tradicional —debido en parte a que el papel del investigador lo representan dos mujeres— con el fin de reflexionar sobre la identidad individual. En segundo lugar, me centraré en el rol que juega la memoria con respecto a la identidad en estas novelas, y por qué la autora hace uso de ella.

La novela *Te trataré como a una reina* fue la primera de las obras de Montero que incluyó características de la novela negra para denunciar —o al menos sacar a la luz— una serie de aspectos tanto de la sociedad como del individuo. En el caso de las dos novelas que trato en esta sección, la estructura policíaca es el pilar central sobre el que se construye toda la trama, pero en estos dos casos la búsqueda que parecería la principal en la novela negra —la búsqueda del marido secuestrado en *La hija del caníbal* y la búsqueda del padre desaparecido en *Bella y oscura*— se convierte, finalmente en secundarias al ir a la par del desarrollo del tema de la búsqueda identitaria de la protagonista. Éste es uno de los temas principales tal y como admite la propia autora:

Cuando empecé el libro creí que los asuntos principales eran la traición y la pérdida, y el aprendizaje de madurez [...]. Y sí, es cierto, todo eso está ahí, pero además el libro entero es una reflexión sobre la identidad, qué somos, cómo nos percibimos, cómo conseguimos

la continuidad de ser, si es que la conseguimos, cómo logramos reconocernos a nosotros mismos o cuál es el enigmático mecanismo que nos permite recordar nuestro propio nombre (Rosa Montero, citado en Torres Rivas, 134).

De esta forma, como señala Postlewate, la novela negra serviría una doble función: “to solve the mystery and to present and/or try to correct the socio-political crisis in a given society” (131). Las dos tramas comienzan por presentar un evento que cambia el “tranquilo” rumbo de las vidas de las dos protagonistas. En el caso de *La hija del caníbal* Lucía es una mujer en plena crisis de los cuarenta, cuyo marido es secuestrado el día de Año Nuevo cuando se disponían a tomar un avión para pasar las vacaciones en Viena. Es en este momento cuando Lucía comienza un recorrido para encontrar a su marido con la ayuda del octogenario Félix y el joven Adrián. *Bella y oscura* por su parte presenta al lector un caso parecido al de la novela anterior, pero que se opone en cuanto a la protagonista. En ella se narra la infancia vivida por una niña de aproximadamente diez años que es sacada del orfanato para vivir con la familia de su padre, donde espera ansiosamente su llegada rodeada de negocios sucios, muertes y misterios de un mundo que es incapaz de comprender aún.

A pesar de la diferencia de edad, las dos protagonistas se embarcan en un viaje que les ayudará a indagar en su propio interior, a comprender mejor el mundo en el que viven y por tanto a madurar como individuos.²⁷ De esta forma, ambas se adentran en un proceso de formación, un viaje de autoconocimiento y reflexión frente al dogmatismo imperante en la sociedad.²⁸ Al comienzo las dos protagonistas son dos individuos atascados en una sociedad en la que rigen una

²⁷ “La narradora refleja, por tanto, su proceso de maduración, su progresiva toma de conciencia existencial, la evolución de una etapa de inocencia a otra de conocimiento, caracterizada por el desengaño” (Escudero Rodríguez, 138).

²⁸ “El *quest romance* constituye un vehículo narrativo para relatar el viaje de la protagonista en un espacio fantástico dominado por el dogmatismo [...]. El motivo del viaje funciona en *La hija del caníbal* como retrato de la evolución personal. En este sentido, la aventura de la protagonista se corresponde al recorrido que realiza por su identidad y también por su pasado familiar” (Torres Rivas, 136).

serie de ideas que se toman como innegables. Esto aplicado al tema de la identidad hace referencia a la falsa concepción de que la identidad es algo estático, inmutable y que de esta forma la identidad del individuo está limitada por una serie de normas que le imponen un rol: “Chico [...] me instruía en las reglas del Barrio. Que por lo demás eran sencillas: consistían sobre todo en conocer el lugar que uno ocupaba y actuar en consecuencia” (*Bella y oscura*, 16). Es esta concepción normativa de la identidad lo que hace que la mayoría de los personajes de las dos novelas —y digo la mayoría porque aun así se pueden encontrar excepciones, como explicaré más adelante— se encuentren en una situación de “no-ser” porque están atrapados en una vida que no les pertenece, que de una forma más o menos subliminal les ha sido impuesta, y ahora se ven incapaces de concebir una forma de ser y de vivir la vida diferente. Este es el caso por ejemplo de Amanda en *Bella y oscura*, que se niega a arriesgarse a cambiar su vida: “No es mi suerte. Mi madre no quería que me casara con Segundo. Pero era muy guapo. Me casé y se acabó. Yo antes era otra cosa, pero me equivoqué y ya no hay remedio. No me puedo escapar de él. La vida es así. Se acabó” (*Bella y oscura*, 61). Lo que Amanda no es capaz de comprender en su limitada versión de la vida es que la realidad es amplia y plural, donde caben múltiples opciones y donde todo está sujeto a un constante cambio:

Él me habló del mundo visible y del invisible, y de la inestabilidad esencial de las cosas (*Bella y oscura*, 79)

Con los años, los humanos nos solemos ir achicando por dentro. De las mil posibilidades de ser que tenemos todos, a menudo acabamos imponiendo sólo una: y las demás se petrifican, se marchitan. Los escritores-profetas del sentimiento ñoño le llaman a eso madurar, aclararse las ideas y asumir la edad, pero a mí me parece que es como pudrirse (*La hija del caníbal*, 158).

Estos dos ejemplos muestran un intento de denuncia ante dos realidades de la sociedad: la pasividad del individuo ante una decepcionante realidad y la imposición que ejerce cualquier sistema de poder —sea democrático o no lo sea— en la identidad del individuo a través de una

serie de normas y roles: “Lucía, ella y su generación de cuarentones, quienes se habían quedado de verdad en tierra de nadie, en un mundo desprovisto de fe y de trascendencia, en una sociedad mediocre y sin grandeza en la que nada parecía tener ningún sentido” (*La hija del caníbal*, 213).

Esta falta de sentido a la que apela Rosa Montero, junto con la representación de una identidad que no es propia, genera —como ya he mencionado anteriormente— esta situación de no-ser que se manifiesta en las novelas a través de dos aspectos fundamentales: el desdoblamiento del yo y la falta de nombre propio. En cuanto al desdoblamiento o fragmentación del yo, en *La hija del caníbal* Lucía está envuelta en una crisis identitaria en la que es incapaz de encontrar quién es realmente, no puede reconocerse a sí misma en una fachada que no es más que la consecuencia de una serie de imposiciones identitarias —por parte de sus padres, de su marido, de su condición de mujer y esposa, y de un sistema de poder que dictamina de antemano el rol que va a representar dentro de la sociedad. Además, ella misma se ha creado otra Lucía a través de innumerables mentiras que ella misma acepta: “Bien no he hecho nada más que empezar y ya he mentido [...]. El cambio se me ocurrió sobre la marcha, a modo de adorno estilístico; aunque supongo que en realidad eso es lo que hacemos todos, reordenar y reinventar constantemente nuestro pasado, la narración de nuestra biografía” (*La hija del caníbal*, 19). Así, ella misma forma una multitud de Lucías diferentes, pero además de esto, Lucía se desdobra en otras identidades que se le han asignado por confusión o por error a través de otras personas. Por ejemplo, nadie es capaz de reconocerla como quién ella es, es decir, la escritora de *Belinda, la gallinita linda*, sino que se la confunde constantemente con la autora de *Patachín el Patito*: Francisca Odón; o con una adolescente a la que invitan a pedalear en la playa. En otra ocasión se la confunde con la supuesta amante de un hombre llamado Constantino a la que ahora busca su novia. Todas representan otras vidas, otras personas, y ninguna de ellas es Lucía: “Lucía suspiró:

pues sí, era ella. Pero no era ella. —Pues soy yo, en efecto. Pero no soy yo. Te aseguro, te prometo, te juro que no conozco a ningún Constantino” (*La hija del caníbal*, 203). Lo que este desdoblamiento del yo de Lucía produce es la alternancia entre la narración en primera persona y la narración en tercera persona para demostrar esta fragmentación que sufre la protagonista²⁹: “Creo que ya va siendo hora de que hable un poco de mí. Es decir, ya va siendo hora de que hable de Lucía Romero. Porque me resulta más cómodo referirme a ella: el uso de la tercera persona convierte el caos de los recuerdos en un simulacro narrativo y disfraza de orden la existencia” (*La hija del caníbal*, 140). El hecho de que Lucía se fragmente en múltiples personas distintas, sufriendo un desdoblamiento del yo, podría llegar a entenderse como una forma de apoyar la propia pluralidad y la naturaleza cambiante de la identidad. Sin embargo, ninguna de estas opciones que inventa Lucía encaja con ella, no por el hecho de que sean una invención o una mentira —ya que al fin y al cabo en numerosas ocasiones nos creemos lo que inventamos— sino porque no es ella misma. Estos niveles de la personalidad son según Luis Beltrán “algo común es un estado de conciencia, caracterizado por el doble-o triple-nivel de la personalidad, no tanto una manifestación de una realidad intemporal [...]. El desarrollo de la crisis de la concepción unitaria del YO da lugar a lecturas psicológicas —como lo es la de Freud—, pero también al desarrollo de un sistema lingüístico” (Beltrán, citado en Torres Rivas, 148). Es cuando Lucía supera esas crisis identitarias que comienza a ser ella misma, lo cual tampoco presupone que ese yo sea unitario, pero sí es un yo con el que es capaz de reconocerse ya que ahora sí acepta que le pertenece, que es creación suya una vez se ha despojado de los aspectos que la limitaban como persona. Esto se hace latente al final de la novela cuando en una larga reflexión Lucía concluye que:

²⁹ “El elemento común de estas fuentes se dirige a la fragmentación del yo de la protagonista y la reconstrucción de la identidad. Esta ruptura se manifiesta por medio de la alternancia del uso de la primera, en el tú reflexivo y de la tercera persona” (Torres Rivas, 148).

La identidad es una cosa confusa y extraordinaria. ¿Por qué yo soy yo y no otra persona? Yo podría ser María Martina, por ejemplo, la aguerrida juez con nombre de madre universal; o podría ser Toñi, la hija desaparecida de aquel viejo que se estaba muriendo en un hospital. Podría ser la mujer del iraní que compró un coche con mi nombre, o la verdadera amante de aquel Constantino que atormentaba a su mujer con mi presencia. Claro que también podría ser Félix, y encontrarme ya al final de mi vida, con todo a las espaldas y muy poco delante. O incluso podría ser la escritora Rosa Montero, ¿por qué no? Puesto que he mentido tantas veces a lo largo de estas páginas, ¿quién te asegura ahora que yo no sea Rosa Montero y que no haya inventado la existencia de esta Lucía atolondrada y verborreica, de Félix y de todos los demás? Pero no. Yo no soy guineana, como la novelista, ni he escrito este libro [...]. Y además todo lo que acabo de contar lo he vivido realmente, incluso, o sobre todo, mis mentiras. Me parece, en fin, que hoy empiezo a reconocirme en el espejo de mi propio nombre. Se acabaron los juegos en tercera persona: aunque resulte increíble, creo que yo soy yo (*La hija del caníbal*, 437).

Lo que consigue Lucía no es crear un yo unitario, o eliminar las mentiras, sino que logra reconocerse a sí misma en lo que es, puede verse reflejada “en el espejo” de su propio nombre.

En el caso de *Bella y oscura* aunque el desdoblamiento del yo no es tan marcado como en el caso anterior, ya que Lucía misma era quien reflexionaba sobre su fragmentación, la niña también se fragmenta principalmente en dos personas: ella y una persona imaginaria —se presupone al comienzo de la historia— a la que llama Baba. La niña se comunica con este ser siempre que se enfrenta a una situación que le produce miedo o inseguridad: “Súbitamente apareció un hombre ante nosotras, salido de la nada y de lo oscuro. [...] Apreté los párpados y pensé: Baba, que se vaya, que desaparezca, Baba, Babita, que no me pase nada...” (*Bella y oscura*, 10). Dado el comienzo, parece que Baba es un personaje imaginario que la niña ha creado como parte de su fantasía, pero al final de la historia se descubre que en realidad Baba es ella misma. Ese es su nombre, que no se ha mencionado en ningún momento a lo largo de la novela: “Para mi querido Papá de su pequeña Baba” (*Bella y oscura*, 195). Consecuentemente, la niña se estaba refiriendo a sí misma a lo largo de toda la obra, hablaba con ella o con su otro yo.

El otro aspecto que mencionaba como ejemplo de las consecuencias del no-ser de las protagonistas es la falta de nombre que ambas sufren hasta el final de las novelas. Como ya he mencionado, la niña protagonista en *Bella y oscura* en ningún momento desvela su nombre, nadie se refiere a ella por su nombre propio sino como un vacío simbolizado por el uso de pronombre sujeto “tú”: “Eres tú ¿verdad? [...] Pues claro que eres tú, qué pregunta tan boba...” (*Bella y oscura*, 6). En otras ocasiones la única forma en la que otros personajes se dirigen a ella es a través de una referencia filial con su desaparecido padre Máximo: “Tú eres la hija del Tigre. [...] Claro que eres tú: la niña de Máximo” (*Bella y oscura*, 45). Sólo al final es cuando adquiere su nombre propio: Baba. Lucía en *La hija del caníbal* sí tiene nombre propio, pero siempre la confunden con otras personas que no son ella y al igual que Baba en numerosas ocasiones se refieren a ella como la hija de su padre. Es por esto por lo que le llama el caníbal, ya que su padre volatiliza su identidad simbólicamente. La carencia de nombre propio simboliza consecuentemente la falta de reconocimiento por parte del resto de personas pero también la falta de identidad propia. La siguiente cita de Manuel Alberca refleja la necesidad de tener un nombre propio en relación a la identidad del personaje:

El nombre propio en la autoficción teatraliza de manera escenográfica el despegue postmoderno del yo, levanta, sin teorizaciones abstractas, la identidad como una ficción o la ficción de la identidad. [...]. De ahí la importancia de estos relatos de todo lo que suponga cuestionamiento de la identidad, de los juegos del yo pasado y presente, o de la reflexión que se genera a partir del nombre propio, poniendo de relieve a través de este tipo de cuestionamientos cómo la identidad hacia los otros reside en el nombre propio y sin él poco o nada somos (Manuel Alberca, citado en Torres Rivas, 150).

Para salir de este estancamiento y crisis identitaria considero que Montero apuesta por una necesidad de revisar el pasado inmediato y recuperar la memoria como medio para entender quién somos, y reflexionar a su vez sobre la trayectoria que se ha tomado. Es importante diferenciar sin embargo entre memoria histórica y memoria colectiva ya que la que Montero trata

de recuperar es ésta última. En contra de la historia oficial que se trata de vender en cualquier sociedad, existe una historia individual, la memoria colectiva de la sociedad que se mantiene siempre al margen de la oficialidad, desterrada al olvido en muchas ocasiones:

Evidentemente, todas las sociedades conocidas recuerdan, y recuerdan hasta el punto de reproducirse a sí mismas en la imagen de su propio pasado, manteniendo esta imagen más o menos conscientemente, por medio de rituales, obras épicas, mitos, derechos de parentesco, canciones, o un panteón de dioses, santos o héroes; es decir, manteniendo una imagen de sí mismas mediante toda una cosmología. Sin embargo, la memoria histórica supone un tipo más específico de recuerdo, y además se trata de un fenómeno reciente, que existe desde hace apenas doscientos años [...] (Resina, 17).

Esto es lo que ocurre durante la dictadura franquista, donde se impuso una historia oficial y común que promulgase los valores y la ideología del régimen, como se ha analizado en el primer capítulo. El problema es que esto no cambia en la Transición —tampoco durante la democracia— al optar por una amnesia inducida, como la denomina Resina (22). Al ser la memoria un instrumento social, se entiende que al producirse un cambio en el Estado, la memoria también deba sufrir una reorganización para atender a los intereses de este nuevo sistema de poder. En el caso de la Transición se optó por olvidar la memoria de forma que el gobierno no tuviese que hacer frente a problemas con los que no quería tener que lidiar por el motivo que fuera.³⁰ Como señala Resina, lo que quedó relegado no fue la memoria histórica sino la colectiva:

[...] no hay duda de que la Transición española a un régimen monárquico fue acompañada de una crisis de la memoria, esa crisis no fue precisamente de la memoria histórica. A pesar de insinuaciones de lo contrario, las pruebas indican que la anulación del pasado no afectó tanto al campo de la historiografía como a las áreas relacionadas con la percepción sensorial y con el espacio virtual de la memoria colectiva (18).

³⁰ “Indudablemente la volatilización post-franquista de ciertos aspectos del pasado era una forma de censura, con los políticos y los periodistas a su servicio reprimiendo algo que no querían afrontar por motivos personales o para proteger los intereses de clanes políticos y económicos. Pero la desmemorización también obedecía a la necesidad de conseguir un consenso político y facilitar la eventual alternancia en el poder” (Resina, 25).

Las experiencias de los vencidos o al menos los menos poderosos en este sistema social de poder no son las que interesan al gobierno y por tanto no son las que perdurarán en la memoria, ya que todo depende —como señala Pérez Garzón— de quién tiene el poder del relato, del discurso, lo cual está estrechamente relacionado con el poder político que utiliza este mecanismo como forma de monopolizar la voz que crea la memoria (3). Sin embargo, la sociedad no olvida porque no pueden permitirse olvidar ya que les pertenece, es parte de sus vivencias y de su identidad.³¹ Tarde o temprano, esta memoria colectiva acaba resurgiendo del subconsciente del individuo como ocurre con el *desencanto* de los años 80. Lo que la literatura debe conseguir —o al menos esto es lo que considero que Montero trata de lograr— es denunciar cómo este olvido afecta a la identidad de los individuos que conforman la sociedad española: al arrancarles su pasado se les despoja también de todo lo que son, pero al mismo tiempo se evita que reaccionen en contra de estas nuevas forma de control que ejerce el gobierno de la transición. Es por esto por lo que se denuncia una apatía generalizada por parte de la sociedad, especialmente en la novela *La hija del caníbal*, y trata de rescatar las historias individuales de sus personajes para formar una memoria colectiva que les ayude a recuperar su identidad: “The focus here is not on the ‘official’ story propagated by the dictatorship, but on stories that have always coexisted even if they were not recognized. Unlike the ‘official’ story, the clandestine world appears to be broader and more stable because it is not subject to the ideology of the present government” (Postlewate, 138).

³¹ “Franco’s attempt to eliminate collective memory failed; instead, dug into ‘trenches of identity for human warmth and safety’, people reorganized their lives and found new ways of relating to this strange and unpredictable world. Catalans reported the power of language and dance as traditions which ‘bind you to the land and the people’. Under Francoism, they felt, traditions were their only authentic quality: ‘traditions are what we have breathed, what has come from us; they are like our essence’” (Morgan, 86).

La necesidad de recuperar este pasado y la memoria individual, queda especialmente latente en los personajes de *Bella y oscura*. En el caso de doña Bárbara, su evolución identitaria a lo largo de la novela resalta la importancia que tiene preservar la memoria como medio para la creación de la identidad presente. Al comienzo de la obra doña Bárbara se nos presenta como una mujer de carácter y personalidad fuerte. Además, siguiendo el hilo abierto más arriba en torno a la importancia de poseer un nombre propio, ella se presenta claramente como lo que es y su rol en la familia: “Yo soy doña Bárbara. No te acordarás de mí. Yo soy tu abuela. De ahora en adelante estás a mi cargo y tendrás que hacer todo lo que te diga. ¿Me has entendido? Soy quien manda aquí” (*Bella y oscura*, 15-16). Doña Bárbara es quien es debido a su pasado, por eso se encarga de preservarlo a través de todos los objetos personales y las fotos que guarda en su habitación, pareciendo casi un lugar sagrado al que nadie tiene acceso. Resulta llamativo también que tenga la curiosa costumbre de poner a sus gatos abandonados nombres y apellidos de personas ya fallecidas: “Bautizaba entonces la abuela a cada animal con el nombre de un muerto, Matilde Morales Pérez, Lucy Annabel Plympton, Rodrigo Ruiz Roel, nombres que había recogido por la tarde en el cementerio, sacados de las borrosas lápidas. Doña Bárbara tenía muy buena memoria y siempre llamaba a cada gato por el nombre adecuado” (*Bella y oscura*, 36). Estos nombres no sólo dotan a los gatos de una identidad concreta, al humanizarlos, sino que también hace que se conviertan en una forma de preservar el pasado de las personas fallecidas a las que en cierto modo representan. Es una forma de mantener el legado de estas personas vivo en los gatos. De forma similar, los retratos que guarda en su habitación adquieren el mismo propósito: mantener la historia de esas personas vivas teniéndolas presente en la vida de los que aún están vivos. Sin embargo, el hecho de intentar mantener la memoria de estas personas a través de símbolos, como el nombre propio o una fotografía, presenta el peligro de estereotipar a

esa persona: “Cuando le hicieron la foto ya estaba muerto. Nunca consintió en fotografiarse mientras vivía. Decía que los retratos le roban a uno el alma” (*Bella y oscura*, 49). Es de aquí de donde surge la necesidad de revisar y analizar el pasado y la memoria individual en vez de tomarlo como algo estático que ya ha sido escrito. La memoria, al igual que la identidad, está sujeta al cambio y las alteraciones que el individuo realiza al tratar de recrear hechos pasados: “[...] como los héroes que somos de la narración de nuestras vidas. Porque lo que nos diferencia de las criaturas inferiores es que nosotros somos capaces de contarnos, e incluso de inventarnos, nuestra propia existencia” (*Bella y oscura*, 21-22). Es por esto por lo que Montero opta por rechazar la historia oficial, aquella que se había dedicado a borrar toda memoria individual, todo lo que evita al individuo adquirir una identidad propia. Doña Bárbara, por ejemplo, cuando Segundo quema deliberadamente la casa con todos sus objetos personales, pierde al mismo tiempo su identidad —quién ella es— y lo que representa toda su vida y su memoria: “La abuela estaba irreconocible. [...] doña Bárbara ya no parecía doña Bárbara. [...] Pero sobre todo carecía de algo interior: del hierro caliente que antes le asomaba a los ojos, y de la altura, porque ahora era mucho más baja” (*Bella y oscura*, 118). Con el fuego desaparecen todas sus memorias pero también provoca la desintegración de doña Bárbara que acaba muriendo. Se podría proponer que doña Bárbara y el efecto que en ella tiene la desaparición de su pasado se convierten en una representación de la sociedad española de la transición tras el pacto de amnesia al que se llegó. Lo mismo podría decirse de Margarita, la mujer de Félix en *La hija del caníbal*, quien sufre de alzhéimer. Esta enfermedad acaba con todo lo que ella es, una persona extremadamente organizada y ordenada, por lo que acaba decidiendo quitarse la vida ante la fatalidad del no-ser: “el alzhéimer es una dolencia cruel: te va devorando la memoria, de manera que no sólo acaba con tu futuro, sino que también te roba lo que has sido” (*La hija del caníbal*, 414-415). En el

lado opuesto nos encontramos con Segundo: su repetida necesidad de acabar con el pasado a través del fuego reside en la convicción de que la memoria puede ser borrada por completo, evitando así que problemas del pasado vuelvan, y que el resto de personas que comparten ese pasado puedan reflexionar sobre lo ocurrido. Es por esto por lo que la actuación de Segundo podría equipararse a la del gobierno de la transición y el posterior gobierno socialista ya que a través de la amnistía y el estado de amnesia producido trataron de tomar al conjunto de la sociedad española como una hoja en blanco sobre la que borraron el pasado e intentaron escribir un presente y futuro a su medida. Sin embargo, tal y como ocurre en la novela, esto no es posible y los problemas que se trataron de eludir resurgen en la sociedad española de la Transición.

Tanto en *La hija del caníbal* como en *Bella y oscura* se incluye un personaje del lado de la protagonista que se encarga de revivir el pasado, las historias que han quedado olvidadas y que ayudan a Lucía y Baba a encontrar el sentido de sus existencias, al igual que les permite comprender y aceptar su identidad:

Tanto en *La Hija del caníbal* como en *Temblor y Bella y oscura*, el personaje que recrea los hechos acontecidos y que atraviesa un proceso que le lleva desde la ignorancia y la inestabilidad vital al conocimiento y la seguridad personal se corresponde con la voz del narrador principal (Lucía, Agua Fría, Baba). En estas novelas, la voz narrativa incorpora fielmente a su relato el testimonio de una voz de autoridad que encarna la experiencia y el conocimiento (Félix, Océano, Airelai), un testimonio del cual va a extraer unas enseñanzas fundamentales para su maduración personal (Escudero Rodríguez, 154).

Félix y Airelai, a través de las historias pasadas que relatan, hacen comprender la necesidad de revisar este pasado como medio para comprender el presente y poder construir un camino futuro mejor. Además, al relatar estos eventos a otras personas se consigue dar continuidad a la memoria evitando que quede olvidada y enterrada. Así, la única forma de salvación es que las nuevas generaciones se conviertan en las portadoras de estas memorias: “[...] los múltiples relatos orales, que gracias a la transcripción realizada por Baba se convierten ahora

en textuales, conservan así la memoria colectiva, una fuente de conocimiento esencial que permite al ser humano entender mejor su realidad” (Escudero Rodríguez, 138). El recordar el pasado e indagar en él a través de la escritura no es un proceso fácil o exento de sufrimiento para el individuo, por lo que de aquí puede entenderse la oposición a recordar por parte de algunas personas:

A pesar de que el acto de escribir acentúa, por una parte, la desolación del ser humano, pues le hace recordar los momentos de felicidad perdidos o le lleva a enfrentarse con los traumas del pasado, por otra, otorga cierto orden a la existencia, permitiendo conocer mejor las circunstancias vitales con las que éste se enfrenta. A su vez, el constante deseo manifestado por algunos personajes de conservar la memoria propia o ajena, de evocar el pasado a través de la palabra o la escritura, implica, en última instancia, un desesperado intento de superar la idea del no-ser (Escudero Rodríguez, 146).

Sin embargo, es un proceso necesario ya que “[...] la escritura te da un sentido y una visión de la vida y de tu propia vida, un sentido interior que es tu manera de vivir” (Montero, en Escudero y González, 213).

La recuperación del pasado, que no incluye la historia oficial sino la memoria de la historia de cada persona —que es la que forma la memoria colectiva real— sirve para revalorar y reconsiderar algunos aspectos de nuestra identidad en el presente. Nos ayuda a comprender cómo nos construimos como individuos, pero también nos hace reconsiderar aspectos de nuestro pasado con una importante repercusión en nuestra identidad. Uno de estos aspectos que se repite en *La hija del caníbal* y *Bella y oscura* es la relación con la familia, y en concreto con el padre. Ni Lucía ni Baba son capaces de entender quiénes son hasta que revaloran su relación el padre: en el caso de Lucía la forma en la que se autodenomina con el título de “la hija del caníbal” ya da a entender que la relación con su padre no es sino traumática. Esta es la impresión que tiene Lucía al comienzo de su viaje de autoconocimiento:

La visión de Lucía sobre su padre varía a medida que comienza a descubrir los engaños de su marido. Desde el principio de la novela, la protagonista admite la creencia mitificada del pasado caníbal de su padre y el desconocimiento de su madre. En la búsqueda de la verdad de su identidad, la protagonista reconstruye la imagen de su progenitor a través del diálogo y verifica lo que ha aprendido durante el proceso de investigación del secuestro (Torres Rivas, 159).

Lo que la autora de cuentos infantiles hace en este momento es estereotipar tanto a su padre como a su madre en personas cuya identidad es estática y dependiente de ella. Sin embargo, las historias del pasado de Félix le permiten comprender que la identidad es algo que está en cambio constante y que es algo que le pertenece a cada persona:

[...] ahora descubría, en mi madurez, que mis padres habían existido desde antes de mi nacimiento, y que mi presencia no era la sustancia misma de sus vidas. [...] Qué extraordinaria relación une a los hijos con sus padres: nos apropiamos de ellos, les convertimos en las esquinas inmutables de nuestro Universo, en los mitos originarios de nuestra interpretación de la realidad. Y así, cuando pensamos en ellos, siempre les vemos como piezas inamovibles del paisaje. [...] Nos negamos a reconocer que nuestros padres no son sólo nuestros padres, sino personas independientes de nosotros, seres de carne y hueso con una realidad ajena a la nuestra. [...] sobre todo Félix, me contara su vida, para poder liberar a los padres imaginarios que guardaba como rehenes en mi interior, esos padres unidimensionales y esquemáticos contra los que estrellaba una y otra vez mi propia imagen (*La hija del caníbal*, 435-436).

Al derrocar esos mitos en torno a la identidad, Lucía es capaz de ver que “la identidad es una cosa confusa y extraordinaria” (*La hija del caníbal*, 437), y así liberarse de todo lo que limitaba su ser.

En el caso de Baba la idea que tiene de su padre no es más que fruto de su imaginación y de diminutos detalles que le aportan el resto de personajes, ya que no puede recordarle siendo tan pequeña aún. Lo único que sabe es que volverá porque se lo dijo doña Bárbara, y que la sacará de su situación actual volviendo a ser una familia. Es por esto por lo que no es capaz de reconocer que su padre es un ser con identidad propia y que no está absolutamente ligado a ella: “Entonces mi padre había estado casado, pensé con sorpresa; y fue una noticia que me molestó” (*Bella y oscura*, 38). El problema es que ese ideal imaginario que tiene de su padre se hace

añicos al enfrentarlo con la realidad: “[...] susurró mi padre con una voz helada que me resultó desagradable” (*Bella y oscura*, 187), y Baba comienza a darse cuenta de que debe desprenderse de esa fantasía para empezar a construir su propia realidad. Así la muerte de su padre, o lo que para Baba fue la llegada de su “Estrella”, simboliza la separación con respecto a éste para poder comenzar una vida que le pertenezca solo a ella y no una vida ligada a él como anteriormente. Tanto en el caso de Lucía como de Baba, la revisión del pasado y la reflexión sobre éste hacen que sean capaces de comprender quién son en el presente y consigan a su vez desligarse de falsas concepciones que limitan su identidad. De esta forma, al finalizar esta búsqueda identitaria personal pueden construir la suya propia.

4.2 Necesidad de actuación frente a la apatía del individuo: análisis de las novelas enmarcadas en el presente

En la sección anterior argumentaba como las novelas de Rosa Montero, que se sitúan en cierto modo en el pasado, muestran la necesidad de revisarlo y recuperar la memoria individual para superar la manipulación identitaria que impone la memoria histórica oficial. El hecho de revisar este pasado tiene efectos claros en el sujeto del presente, al permitirle ser capaz de crear una identidad individual propia que no esté atada a ciertas imposiciones en el presente. Las novelas *Crónica del desamor* (1979), *Te trataré como a una reina* (1983) y *Amado amo* (1988), representan una reflexión sobre la construcción identitaria en el presente de la sociedad española, durante la transición y los primeros años del gobierno democrático:

[...] desde una posición feminista y de izquierdas, expresa también en sus dos primeras novelas el deseo de ver transformadas las circunstancias políticas, sociales, económicas, educativas, culturales y humanas que atañen a la mujer, manifestándose en contra de un

Estado, una Iglesia y unas costumbres que, tradicionalmente, habían sustentado y promovido la supremacía del mundo patriarcal (Escudero Rodríguez, 20).

A pesar de lo acertado del comentario, considero que el cambio que Montero propone en sus novelas no se dirige sólo a las mujeres sino a la sociedad en general, y es por esto que sus personajes sirven como reflejo de los diferentes mecanismos que delimitan e imponen una identidad individual concreta y estática. Propongo que se puede extraer una reflexión común para el presente a través de estas tres obras: que el individuo necesita actuar dentro del sistema en el que se le impone una identidad dirigida a satisfacer las necesidades del poder para poder ejercer un cambio. Para ello, primero recorreré la forma en la que los personajes están atrapados en una identidad que no les pertenece para demostrar cómo esto hace que todos ellos desarrollen una crisis consigo mismos y con la sociedad, provocando una insatisfacción con la realidad y una apatía generalizada. Aquellos personajes que sean incapaces de actuar ante la realidad y enfrentarse a ella, acabarán sumidos en el desencanto con resultados fatales, como veremos en algunos ejemplos. Mientras que, de forma opuesta, los personajes que sí son capaces de enfrentarse a esta imposición y actuar para tratar de liberarse, serán los que abran las puertas al cambio futuro. Es por esto, por lo que opino que las novelas de Montero, a pesar de presentar una realidad cruda, dan cabida a un pequeño rayo de esperanza siempre y cuando el individuo sea capaz primero de analizar y comprender la situación en la que está inmerso como parte de la sociedad; y segundo, que se enfrente y actúe para producir el cambio.

Los personajes de las tres novelas están delimitados por una imposición identitaria que corre a cargo de dos sistemas de poder con objetivos diferentes: la dictadura franquista y la posterior época de Transición hacia la democracia. Como ya expliqué en el capítulo 1, cada uno de estos gobiernos tenía como objetivo el construir una sociedad cuyos individuos presentasen

una identidad de acuerdo con los objetivos personales de cada sistema, de tal forma que éstos ayudasen a asegurar su buen funcionamiento y continuidad. A pesar de que la dictadura como tal llegó a su fin con la muerte de Franco en 1975, los casi cuarenta años de represión y manipulación que sufrió la sociedad española no desaparecen de la noche a la mañana. Todo aquel que hubiese nacido durante la dictadura presentará una identidad delimitada por la ideología dominante. Uno de los personajes que mejor muestran las limitaciones que supuso la imposición identitaria del franquismo es Antonia en *Te trataré como a una reina*. Antonia es el modelo de mujer que promovía la dictadura, es decir, es una mujer que se cree débil, sumisa, y que necesita estar a cargo de un hombre para sentirse útil: “Con Antonio en casa siempre había algún quehacer: servirle la comida, prepararle las hierbas digestivas, [...] Con su hermano en casa Antonia se sentía necesaria” (*Te trataré*, 15). El único móvil en la vida de Antonia es el de servir a su hermano Antonio: fregar, limpiar, planchar, lavar y cocinar para él. Sólo de esta forma logra sentirse útil probablemente porque sabe que está cumpliendo con el deber que se le exige por ser mujer. Sabe que está bajo el mando de su hermano porque al haber muerto su padre y no estar casada no queda otro hombre al que pertenezca. El padre es el que dictamina las normas para la mujer, manteniendo así los valores de la ideología patriarcal de la que hacía uso el franquismo: “Tú eres mi hija y te tienes que comportar como una señorita, como corresponde con tu clase y condición. Como te vea tontear con algún pelagatos del pueblo, te deslomo —decía padre” (*Te trataré*, 20). Pero una vez muerto el padre, las opciones para una mujer de deshacerse de estas imposiciones son nulas: si se casa será el marido el que ejerza de figura represiva; mientras que si no se casa, además de ser juzgada por el resto de la sociedad, quedará en manos del hermano quien se convertirá así en la continuación del patriarcado manteniendo los mismos valores: “Antonio no le permitía hacerlo, decía que las sartenes no se lavan, sino que se restriegan con

papel de periódico para que queden engrasadas [...]. —Es la misma manía que tenía padre. Suspiró de nuevo [...]” (*Te trataré*, 14). El hecho de que Antonia entienda que es su deber dentro de la sociedad, no significa que aquello que se le impone se corresponda con lo que ella realmente es o con lo que desea ser. Se crea de nuevo una situación que ya comentaba en el capítulo anterior —el no-ser— ya que la identidad exterior que se le impone no se corresponde con el interior. Es por esto por lo que se produce una tremenda angustia en Antonia que la lleva a un estado de depresión a pesar de que trata de ocultarlo bajo los efectos de la menopausia: “Es que no sé qué me pasa, sabes... De repente me pongo a llorar así, sin venir a cuento, no sé... [...]. No sé, una pena por dentro, una pena que me quisiera morir, Dios me perdone...” (*Te trataré*, 40). La forma en la que se siente Antonia viene producida por la incapacidad de liberarse de la enorme carga que se le impone en una sociedad aún atascada en valores patriarcales, donde el objetivo principal es mantener la posición de poder del hombre.

El binomio de hermanos Antonio Antonia resulta muy interesante a la hora de observar la inversión de roles de la que hace uso Montero:

[...] pensó una vez más en el curioso error genético que les había conformado. Porque la débil Antonia poseía la densa carnadura de su padre, y él, por el contrario, había heredado la enfermiza fragilidad materna, hasta el punto de que creyeron que el primogénito no iba a sobrevivir por mucho tiempo y bautizaron también a la niña con el nombre del patriarca, en un afán de perpetuarlo (*Te trataré*, 70).

Esto demuestra que por un lado Antonia no es la mujer débil de la que habla Antonio sino que el que es realmente débil es él, una sutil inversión que sirve para denunciar la invalidez de unos roles estáticos que no se adecuan con la realidad del individuo y demostrar su falsedad. La misma alteración de papeles se da al comienzo de la novela cuando el reportero Paco Mancebo relata el incidente en el que Bella arroja por la ventana a Antonio: “La susodicha era más alta y mucho más corpulenta que el infortunado, de modo que le podía, lo que demuestra que no

siempre el sexo débil es el débil [...]” (*Te trataré*, 10). Por otro lado, se deja entrever el motivo por el cual Antonio se siente tan irritado por su hermana: “Antonio se desesperaba con el abyecto espíritu de sacrificio de su hermana, con ese no comer para servirle, con su falta de cuajo, de existencia. Cuanto más solícita era ella, más la odiaba él” (*Te trataré*, 69). No se trata de que Antonia haga sus labores mal, sino que en la falsedad de los valores que se les han impuesto se esconde la conciencia de saber que Antonia no es una mujer débil, como se le hace creer. Antonio no puede aceptar que están representando unos roles que no se adecuan con la realidad, ya que esto supondría la pérdida de poder que se le ha otorgado dentro de este sistema. Él mismo es un claro ejemplo de la hipocresía que representa el rol que le ha sido adjudicado: mientras obliga a su hermana a ser una mujer dócil y servicial, el tipo de mujer que él desea es el opuesto: “Antonio prefería sus mujeres de lujo, prefería hurgar en la insatisfacción de aquellas que parecían poseerlo todo, de aquellas que debería estar plenamente satisfechas” (*Te trataré*, 103). A pesar de que desea a este tipo de mujeres, acaba atrapado en el propio sistema que le ofrece poder al casarse con Vanessa —una mujer mucho más joven que puede manipular para que sea sumisa. En consecuencia, en cuanto Antonia muestra el mínimo indicio de liberación, al mantener relaciones con un Damián quien prácticamente podría ser su hijo, Antonio se hace cargo de cortar las alas de su hermana para dejarla una vez más atrapada en su jaula. La propia protagonista de *Crónica del desamor*, Ana, escribe: “... el poder trae consigo la castración, es un binomio inseparable. No fue casual la represión sexual del franquismo: significaba la sublimación hacia una mayor productividad, hacia una mayor obediencia. [...] la mujer es un caso aparte: no se le ofreció poder a cambio de su represión, sino que ésta fue utilizada en función del poder del hombre” (*Crónica*, 90).

El caso de Ana es muy diferente del de Antonia, pero igualmente nos encontramos ante un personaje que está atrapado en una realidad social que exige del individuo una forma de ser que no se adecua con su interior. Ana es madre soltera y con trabajo en la redacción de *Noticias semanales*, parece el ejemplo perfecto de mujer liberada que promovía la primera oleada del feminismo –un caso opuesto al de Antonia quien aún seguía encerrada dentro del marco del patriarcado. Sin embargo, la realidad que vive Ana, sus experiencias y pensamientos, demuestran que esto de la liberación de la mujer durante la transición y la democracia no es más que otra falacia, otro intento más de imponer un tipo de identidad sobre el sujeto. Con el fin de la dictadura y la llegada de la democracia se da la esperada liberación de la mujer a través de diversos cambios en su situación: llegó la liberación sexual, los métodos anticonceptivos, su incursión en el mundo laboral. Sin embargo, ninguno de estos cambios es una verdadera liberación, y las historias de las mujeres que se relatan en *Crónica del desamor* demuestran que la situación de la mujer no era lo que esperaban:

Pensó en la liberación de la mujer, o mejor dicho, en esa supuesta liberación que a ojos de muchos hombres sólo se concretaba en lo sexual, en tener hembras dispuestas, en olvidar el odiado condón, el coito interrumpido. Los hombres que inventaron la píldora la ofrecieron como clave mágica de la revolución de la mujer, como si eso fuera suficiente. Y así, también en España, en el prolífico franquismo, los médicos modernos recetaron píldoras con indiscriminado afán: es igual la marca, no importa el descanso o la frecuencia, porque la píldora es el invento liberador. Liberador de quién, piensa Candela (*Crónica*, 37).

Todos están atrapados en una realidad de apariencias donde se les dirige para que representen un rol determinado que no se corresponde con lo que son, y se crean en consecuencia juicios sobre los demás que en la mayoría de los casos no son más que estereotipos. Uno de los ejemplos más claros que demuestra cómo los individuos se inventan la figura del Otro a partir de una serie de aspectos superficiales, es el de la idea que Ana crea en su cabeza de Soto Amón. Éste está atrapado en su traje de hombre de negocios, de jefe, y por tanto debe representar el

papel que le corresponde por ocupar dicho estatus: “[...] ahí llega Ramsés a vigilar el trabajo de sus esclavos, y, en efecto, aquí está hoy Soto Amón, distante e impecable, cortando el aire de la redacción con su perfil agudo” (*Crónica*, 48). El hecho de que le cambien el nombre de Eduardo Soto Amón a Ramsés indica que se le despoja de una identidad que le pertenece para pasar a ser lo que otra persona fue, otro ejemplo de cómo estos roles crean una situación de no-ser en estos personajes. Nadie en la redacción se da cuenta de que no sólo es Soto Amón el que está sujeto a ser juzgado y estereotipado por sus apariencias, sino que éste es un mecanismo común para todos, creando una falsa realidad limitada. Es por esto por lo que las contradicciones o los signos que destruyen esta “coherencia” del ser son difíciles de aceptar, porque no encajan con la versión que se crea en nuestra concepción del mundo. Así, cuando Ana descubre que Soto Amón no es todo lo que pensaba, que también da muestras de debilidad como ser humano, toda su realidad comienza a tambalearse para abrir la puerta al cuestionamiento: “Y sí, Ana creyó verle sonrojado. El intocable reyezuelo de destinos —tantos trabajadores aterrados por su segura presencia— se sonroja. Era capaz de emociones por lo tanto el acerado Eduardo. Era quizá tímido, quizá humano, bajo su envoltura sin arrugas de madelman perfecto” (*Crónica*, 49).

El de Soto Amón es uno de los casos donde se puede ver el efecto que el nuevo sistema democrático tuvo en gran parte de la sociedad española. Más específicamente éste es una muestra del tipo de individuo que se comenzó a formar a raíz de la implantación acelerada del capitalismo en la sociedad. El tipo de individuo que representa Soto Amón se desarrolla más en profundidad en su próxima novela, *Amado Amo*, a través del personaje principal: César Miranda. Es en esta novela donde Rosa Montero se enfoca en ejercer una forma de denuncia ante el rumbo que está tomando la sociedad española hacia un sistema puramente capitalista. César es un empleado de una empresa de publicidad, *Golden Line*, donde el objetivo principal es la venta de

productos. Este tipo de empresas basadas en el consumo y el materialismo generan una doble imposición en el individuo. Por un lado, manipulan la sociedad con el fin de crear un grupo de consumidores que se encarguen de mantener la continuidad del negocio. Es por esto que la empresa que Montero elige es una agencia de publicidad, donde el lector puede ver cómo se las ingenian para ahondar en lo más profundo de la sicología humana con el fin de llegar al individuo y manipularlo a su antojo: “Sin píldoras, sin hacer ejercicios y sin, ¡Gracias, Nofat! He conseguido adelgazar 16 kilos fácilmente en un tiempo récord cuando ya había perdido las esperanzas de dejar de ser gorda. Ahora mi marido me quiere como el primer día. Y lo mejor es que no se vuelve a engordar. Señora Brown, Miami, Florida” (*Amado amo*, 28). A través de este ejemplo de anuncio se puede observar el intento de manipulación sobre el consumidor. Se trata de buscar qué es lo que preocupa a cierto sector de la sociedad, en este caso a las mujeres, y se presenta como una necesidad vital. Se está promoviendo por tanto una serie de valores superficiales que hacen que el sujeto esté constantemente obsesionado con su imagen, en vez de pensar en sí mismo, en cuidar el interior frente a un exterior inventado: la señora Brown sólo conseguirá que su marido la quiera si está delgada, si sigue el canon de belleza que se le impone. Por otro lado, se promueve una sociedad poco activa en cuanto a ejercicio físico y al cuidado de su salud. Esto adquiere sentido si se toma en consideración el tipo de sociedad moderna que se estaba creando a través del consumismo y el capitalismo. El ritmo frenético de una sociedad que no para de trabajar, donde no se da importancia al cuidado del cuerpo y alma, sino que se necesitan sujetos volcados en su trabajo. Es por esto por lo que se necesita promover productos rápidos, de fácil adquisición y efectos inmediatos. A través del bombardeo de anuncios como éste se dirige a la sociedad hacia una alienación que separa al sujeto en dos: las apariencias y el interior.

Este sistema capitalista es un mundo de fieras donde nada importa, salvo el poder: alcanzar el poder es la meta principal de cada uno de los empleados de esta empresa, promoviendo así un sistema alienante donde se necesitan crear sujetos individualistas y egoístas, sin empatía hacia los demás. Todos ellos están atrapados en un mundo competitivo, en una carrera de ratas donde solo el más fuerte —y en la mayoría de ocasiones el más joven— será el que sobreviva. La situación personal de César indica que pronto acabará expulsado de este sistema ya que por un lado está en plena crisis personal, por lo que sus propuestas se están quedando obsoletas ante la rapidez en la que se producen los cambios: “Es verdad que son ideas viejas, antiguas ocurrencias tuyas remozadas, o incluso hábiles copias; [...] Porque un directivo en crisis era como un lanzador de cuchillos con el mal de Parkinson” (*Amado Amo*, 30-31). Por otro lado, debido a los constantes cambios y renovaciones a los que someten a la empresa, sus trabajadores también se ven afectados por estas renovaciones. Se opta por empleados más jóvenes, que aporten aire fresco pero también que estén preparados para afrontar la competencia, cosa que César ya no es capaz de hacer porque le falta ambición: “Ésa era la clave del asunto: que él no tenía ambiciones [...]. ¡Un directivo sin ambiciones! Como un guerrero sin coraje, un santo sin fe [...]” (*Amado amo*, 57). En consecuencia, va quedándose atrás en esta frenética carrera hasta que al final será relegado a una posición en la que no se le dé ningún tipo de valor: “¡El ascender a dos recién llegados, a dos inútiles, el dejarme a mí en la cola!” (*Amado amo*, 78). Nacho se convierte en su principal enemigo —a pesar de que César cree que es Nacho quien manipula todo en su contra—, porque siendo más joven que él están adquiriendo mayor importancia en la empresa: “Llevo veinticinco años de profesión y he sido el mejor durante diez; y cuando yo empecé en este oficio tú aún te meabas en los calzones. [...] Y pensar que fue él quien metió a Nacho en la empresa, gimió César [...]” (*Amado amo*, 37). Toda esta competencia,

esta constante guerra por escalar hacia el poder, por no quedarse atrás y desaparecer, están alienando a César de tal manera que está perdiendo el norte, lo está trastornando convirtiéndolo en una persona paranoica que no sabe distinguir entre realidad y ficción. Su imaginación está creando una realidad que lo juzga constantemente: “Mientras que él, César, estaba llenando de misterios lo evidente y deduciendo cataclismos de la nada. Qué obsesión, qué inquietud, qué imaginación tan enfermiza: la realidad era mucho más simple que el laberinto que inventaba su miedo. Resultaba ridículo, por no decir patético, el buscar secretas intenciones” (*Amado amo*, 75). El ejemplo de César demuestra cómo esta sociedad lo está consumiendo y está acabando con quién era, convirtiéndolo en un sujeto que no es.

Ante esta situación de no-ser generada por la imposición identitaria del gobierno todos los personajes de estas novelas se acaban desencantando con el sistema del que esperaban cambios notables en comparación con la dictadura franquista. Todos los personajes pertenecen aproximadamente a la misma época y sufren una crisis de rasgos similares:

[...] la crisis de los hombres de cuarenta años, de aquellos que no vivieron nuestra guerra y que sin embargo, fueron educados en la grandilocuencia de la triunfante cruzada, una generación tópicamente perdida que ocupa puestos directivos, una generación brillante que gobierna España y que empieza a encontrarse desprovista de suelo, quizá todo en lo que creyó fue mentira, posiblemente todo lo que vivió fue falso. Han luchado por valores que hoy se tambalean y quizá empiezan a sentir que algo les ha sido robado, oculto bajo el corte perfecto de un chaleco a juego o bajo una corbata de seda italiana, y los directores, los ejecutivos, los presidentes, los empresarios de nuestros destinos nacionales comienzan a fumar sus primeros porros cuarentones y con el humo del hash intuyen un mundo nuevo [...] (*Crónica*, 89).

Es una generación que no encuentra el rumbo, no tiene antecedentes que puedan seguir porque se quiere romper con todo lo que esté relacionado con el pasado franquista, y las imposiciones de la dictadura, pero tampoco se ve provista de un modelo presente que se acomode a lo que exigían. Los valores en los que creían para producir el cambio se tambalean en manos de una clase política elitista y jerárquica, que en nada se parece a lo que promulgaban en

contra de la dictadura. En *Crónica del desamor* la crítica a los partidos políticos y los sindicatos es más evidente que en las subsecuentes novelas de la autora. En ella, son varios los personajes que se han ido alejando del militantismo político, desencantados con el rumbo que todo comenzaba a tomar. Este es el caso de Elena, la amiga de Ana que solía militar en el PCE (Partido Comunista de España) con el propósito de llegar a comprender por qué corría delante de los grises, por qué se manifestaba, y para comprender los valores por los que lo hacía. Sin embargo, poco queda de esa necesidad de acción en Elena —“Pero algo quedaba en Elena de sus viejos hábitos de militante, cinco años de disciplina colectiva le habían dejado un poso de voluntarismo, una ansiedad de acción” (*Crónica*, 53) — debido a que todos estos partidos y sindicatos que luchaban por recuperar una serie de derechos de la sociedad habían comenzado a moverse en base a su propio beneficio en vez de por y para ésta sociedad:

[...] forzaron las filas hasta conseguir poner en cabeza sus pancartas, ACABEMOS CON LA ESPECULACIÓN DEL SUELO, VIVIENDAS DIGNAS A UN PRECIO DIGNO, y bajo los eslóganes comunes se leían sus siglas en gruesos caracteres, CCOO, UGT, era el viejo intento de capitalización de una manifestación que había sido gestada apartidista. [...] mañana los periódicos publicarán la noticia de la manifestación y en las fotografías se leerán sus malditas siglas, como siempre (*Crónica*, 53-54).

Para Ana, este desencanto que se produce durante la transición no es más que una táctica más del gobierno para mantener controlado al individuo dentro de los límites que benefician la hegemonía de un sistema de poder concreto, pues es más fácil ejercer un poder de control sobre un sujeto que no es activo y que busca desesperadamente agarrarse a cualquier forma de salvación, que dirigir una sociedad activa y crítica con las acciones de los políticos: “Piensa Ana que el desencanto político, tantas veces esgrimido últimamente, es un invento del gobierno Suárez: es más fácil dirigir un país de desencantados que de ciudadanos rabiosamente activos” (*Crónica*, 50).

Ante esta realidad que les decepciona algunos de los personajes de las obras de Montero acaban por buscar una forma de escape desesperada. Buscan un cambio drástico que les de la satisfacción que no encuentran dentro de este sistema: Julita es incapaz de comprender qué está ocurriendo con el que había sido su marido durante quince años; Antonio fue hasta el momento en el que se divorciaron un hombre “ortodoxo, Antonio, tan sobrio y tan serio” (*Crónica*, 103). Antonio había militado en el partido por muchos años, creyendo todo lo que el marxismo promovía al pie de la letra; pero con la llegada del cambio de gobierno y los cambios de dirección en la realidad política y social de España, todo lo que había seguido febrilmente se fue derrumbando. Su vida había estado controlada y subyugada a una serie de creencia que, por muy liberales que pretendiesen ser, acababan por crear igualmente un individuo estático controlado por estos ideales. El divorcio de su mujer simboliza a su vez el divorcio con el partido, con todo aquello para lo que había luchado. Es un intento de recuperar su propia identidad, pero en lugar de enfrentarse a todo aquello que lo limita y le impone un rol concreto dentro de la sociedad, en vez de actuar, huye y es así como acaba perdiendo el rumbo, atascado en la nada: “[...] esos pobres hombres que han pasado quince, veinte años creyéndose todas y cada una de las mayúsculas del marxismo están hoy descolgados, perplejos, rotos’). Ahora Antonio vaga por el mundo un poco loco, decididamente estupefacto, ansioso de vivir y de ser joven” (*Crónica*, 102). Olga y el Zorro, al igual que Antonio, tratan de escapar de un entorno frustrante que no les permite ser como ellos quisieran: “No aguanto más esto, Ana, en mi oficina son unos hijos de puta, me explotan, me matan, me revientan, me odian porque no soy como ellos, porque tengo ojeras de vida nocturna, porque no llevo sujetador, porque estoy viva. Mierda de mundo, me iré de aquí, Ana, me iré y no volveré más” (*Crónica*, 167) dijo Olga antes de marcharse definitivamente a la India. Olga decide no hacer nada para cambiar la situación sino que huye

lejos para tratar de encontrar algo mejor, un lugar donde poder ser quién ella quiera, pero lo que acaba consiguiendo es desvanecerse en la nada, perdida, acaba sin ser ella, como describe Nuria cuando la vio en la India por última vez:

Es que India es una experiencia muy fuerte, tan fuerte que mucha gente se queda allí, sabes lo que quiero decir, se queda y no vuelve, no vuelve a ella misma. India es algo que te come el coco, tía, te lo come si no sabes muy bien qué es lo que estás buscando. [...] es como si en el fondo tuvieras siempre algo que te hiciera volver y reencontrarte. Y allí, joder, allí la gente se pierde [...] (*Crónica*, 170).

El Zorro sigue un camino parecido al de Olga cuando se va a San Francisco huyendo de todo, y se sumerge en el mundo de las drogas por un mes. En California el Zorro se perdió en sí mismo igual que le ocurrió a Olga en India, pero llegado a este punto en el que la huida se convierte en un “viaje hacia la nada” (*Crónica*, 189), trata de recuperar su vida, de cambiar las cosas, buscando a Olga en India. Cuando ya no le quedan más salidas para conseguir el cambio, acaba volviendo a España inmerso de nuevo en alcohol y drogas como única forma de hacer desaparecer por completo a ese “yo” pasado que tanto odia: “El Zorro se mira en los espejos para encontrarse, [...] es necesario ese continuo contraste para no perder la propia imagen. [...] el Zorro reafirma su destino y entierra un poquito más hondo al abogado Antonio Abril al que tanto teme” (*Crónica*, 180).

Estos tres personajes presentan un final trágico para el sujeto donde no existe una posibilidad de cambio a mejor, dejando un negro futuro por delante para esta sociedad estancada en una identidad que no les corresponde. En consecuencia, podría decirse que las novelas de Montero ofrecen una visión negativa del presente y del futuro de la sociedad española. Sin embargo, considero que personajes como Ana y Bella, y el final de ambas novelas, abren la puerta a la esperanza de un posible cambio. La oposición entre los personajes que no consiguen cambiar su situación y los que sí lo consiguen —como Bella y Ana— deja relucir la diferencia

entre ambos: la clave del cambio reside en la acción. El sujeto sólo es capaz de liberarse de las imposiciones identitarias, si además de ser consciente de ello es capaz de hacer algo para alterar la situación. El huir o tratar de escapar del sistema no sirve, como se podía ver con los ejemplos anteriores, ya que así el individuo sigue estando atascado en una forma de no-ser. Para poder ser necesita enfrentarse a su situación y tomar la determinación de actuar para cambiarla. El final de *Crónica del desamor*, en el que Ana acaba acostándose con su jefe, Soto-Amón, puede interpretarse como una forma de sucumbir ante todo aquello que Ana rechazaba —es decir, el poder masculino, la hegemonía del patriarcado, que limita a la mujer. Efectivamente, podría tratarse de la perpetuación de una serie de roles estáticos en el que cada uno de ellos representa un papel previamente establecido, como puede prever la propia Ana: “Y con entristecida certidumbre, Ana intuye en un segundo el desarrollo de la noche [...]. Se desarrolla, pues, la pantomima con asombrosa semejanza a lo previsto [...]” (*Crónica*, 255-256). A pesar de seguir las mismas pautas hasta ahora, Ana realiza un sutil cambio que rompe con el guion establecido: en vez de comportarse como se esperaba, adquiere un rol propio, se adelanta a coger un taxi e irse antes de que Soto Amón educadamente la ofrezca irse. A pesar de que parezca insignificante, esto hace que cambien las circunstancias, ya que no es ella simplemente quien cambia, sino que se trata de un efecto mariposa: el que Ana produzca un ligero cambio provoca a su vez un cambio mayor en Soto Amón, lo cual podría extenderse al resto de la sociedad si se produjesen actos parecidos: “Pero en los ojos de Soto Amón el alivio ha dejado paso a una sombra de duda, un relámpago de suspicacia [...]. ¿Será posible que un pequeño desapego por mi parte le cambie así, le vuelva inseguro, le hiera quizá su orgullo de hombre poderoso y triunfante?” (*Crónica*, 256-257). Ana no es la perdedora en esta escena, tampoco es la parte humillada en toda la pantomima, porque consigue finalmente romper con los moldes, con esos

roles que hasta ahora la habían perseguido: “[...] Ana advierte que dentro de ella crece un extraño y denso orgullo, la serena certidumbre de que en este ajedrez de perdedores más pierden aquellos como Soto Amón que ni tan siquiera juegan” (*Crónica*, 257-258). Sólo a través de la acción, de enfrentarse a ello, es capaz Ana de escribir el libro que relate la vida personal de todas las Anas a modo de crónica y no de rencor.

Con Bella ocurre algo semejante a *Te trataré como a una reina*, pero siguiendo el hilo de la novela negra, Montero lo lleva a un caso un tanto extremo. Al comienzo de la novela Bella se encuentra atascada en una vida rutinaria viviendo de la casa al bar. A pesar de estar frustrada con la realidad que tiene que vivir Bella no hace nada para cambiarla hasta que al final de la novela su entorno se desquebraja y se rompe en mil añicos. El Poco no sólo le ha mentado con lo de huir a La Habana, sino que ha golpeado a Vanessa hasta casi matarla; Antonio ha acabado con la única posibilidad de Antonia de salir de la jaula en la que la tenía atrapada al hacer que Damián desaparezca de su vida... Todos estos eventos provocan en ella una necesidad de actuar: “[...] —en el forro de sí misma, al final de su conciencia— soplaban un polvoriento vendaval en el que revoloteaban y entrechocaban las imágenes [...]” (*Crónica*, 218). A través de ellos es capaz de darse cuenta de la realidad en la que vive, de cómo funcionan las cosas y de que todo está organizado en una determinada manera, haciendo que todas las piezas encajen para formar un conjunto: “Hasta entonces no se había dado cuenta de que la geometría de los ladrillos no era caprichosa, sino que componía un dibujo, una especie de estrella en gris y ocre. Tantos años pisando y fregando el mismo suelo, sin mirarlo. Así pasaba la vida, descuidadamente, sin saber lo que vivimos” (*Crónica*, 230). La solución por la que opta Bella es enfrentarse a Antonio como símbolo de represión. Es por esto que le despoja de aquello que le otorgaba una identidad propia y daba sentido a toda su vida, al romper su nariz destruye su don del olfato: “Sin mi nariz no soy

nada, no soy nadie” (*Crónica*, 239). De esta forma le hace sentir a Antonio la realidad a la que él ha estado sometiendo a su hermana, no dejándola ser, y obligándola a seguir subyugada a un sistema patriarcal donde se exigía de la mujer un rol específico que no dependía de ella, sino que estaba determinado por el hombre. A raíz de tomar la decisión de actuar, Bella se siente finalmente en paz consigo misma y consigue entender qué es lo que la está limitando como persona: “Bella se sentía dueña de una serenidad extraordinaria, de una extraña lucidez que le hacía capaz de ser consciente de mil detalles a la vez, como si la realidad hubiera perdido su continuidad y se hubiera deshecho en las menudencias que la componen [...]” (*Crónica*, 234). A diferencia de Bella, Antonia a pesar de desear romper con el rol que le ha sido impuesto, no lo consigue porque no toma la determinación final de actuar y enfrentarse a él. Todo lo que hace son pequeñas formas de rebelión como girar la foto de su padre cuando va a masturbarse, o limpiar las sartenes con jabón a pesar de que esto le irrita a su hermano. A lo largo de la novela, hay varias escenas en las que parece que Antonia finalmente va a conseguir escapar de este entorno, como cuando reflexiona viajando en el tren: “¿Y si me bajara? ¿Y si me quedara aquí? Lo colosal de la ocurrencia le dejó sin aliento. El tren temblaba con resuello hidráulico y los minutos de la parada se consumían rápidamente. ¿Y si me levantara, recogiera el maletín de la rejilla, saliera del compartimento, me bajara del vagón? Qué vértigo, qué desfallecimiento, qué emoción” (*Crónica*, 110). Incluso al final de la novela, cuando se sube al tren pretendiendo escapar parece que finalmente lo logra, pero resulta que ese tren es el mismo que la lleva al pueblo donde nació, donde todo comenzó, el lugar represivo de donde trato de salir a la ciudad para liberarse pero donde su hermano ejerció el mismo control sobre ella que su padre. A través del análisis de estos personajes Montero es capaz de llegar al lector para invitarle a reflexionar o incluso a actuar, como concluye Biruté Ciplijauskai en su reseña sobre *Amado amo* (74).

5. CONCLUSIÓN

A través de la presente investigación he tratado de exponer cómo las novelas de Rosa Montero que se han incluido para el análisis sirven como reflejo de la situación de inestabilidad identitaria que sufre el individuo en la sociedad española de la transición. Al indagar en estas novelas se puede decir que ofrecen una forma de reflexión sobre la identidad individual de la sociedad española. En relación a este tema, hay varios aspectos que sobresalen:

En primer lugar, se ejerce una denuncia —que puede ser más o menos directa, como ya se ha mencionado en el análisis de las novelas— de los factores que limitan la identidad del individuo, hasta acabar dirigiéndola en un sentido concreto. Es por esto por lo que he optado por partir de la idea de que la identidad es una construcción —la “performance” que mencionan autores posestructuralistas como Judith Butler. Teniendo en cuenta que la identidad es algo que se construye se puede entender por qué sirve a su vez como herramienta de poder en manos de un sistema. Esto es lo que ocurre en la sociedad española de la Transición: por un lado, el individuo está limitado por el régimen dictatorial de Franco en el que se le impuso un rol determinado en sintonía con la ideología franquista; por otro lado, la Transición y la democracia no traen consigo los cambios liberadores por los que se había luchado, y se acaba controlando la sociedad sin tenerla en cuenta.

En segundo lugar, se plasma la situación de no-ser a la que están sujetos a raíz de la imposición identitaria. Es decir, estos personajes no “son” porque carecen de una identidad que les pertenezca, y ahí radica la ambigüedad identitaria que sufren. No son dueños de quién son porque viven atrapados en una identidad que ha sido construida para ellos, no por ellos. Esta situación acaba produciendo un sentimiento de apatía que se generaliza a toda la sociedad, haciendo que ésta retroceda a una posición secundaria a la hora de tomar decisiones. Los

personajes de las novelas de Montero sirven como punto de reflexión sobre esta situación de desencanto que se produce en España. Como ya se analizó en el capítulo 3.2, el no actuar no lleva a ningún lado ya que no sólo no se producen cambios sino que se genera un retroceso a la nada. Cada individuo, al formar parte de la sociedad debe actuar con respecto a la realidad que la clase política está creando a través de las decisiones que toman. De no ser así, se permite que los políticos ejerzan un poder de control sobre cada sujeto, que en realidad no debería corresponderles dentro de un sistema democrático en el que es la propia sociedad la que se encarga de dirigir y decidir, teniendo como portavoces a estos representantes. Las consecuencias de no tomar parte en las decisiones del Estado en un momento tan crítico como es el de la transición de una dictadura a un nuevo sistema democrático, pueden verse en la extrema individualización de la clase política olvidando que su labor es la de representar a la sociedad, y creyendo que tienen entre manos una labor que les pertenece exclusivamente a ellos. La monopolización de la política acarrea consigo problemas que pueden apreciarse analizando el pasado, como los casos de corrupción que llevaron al declive al PSOE en las elecciones, pero no se queda ahí.³² Los titulares de prensa de la actualidad están desbordados de noticias de corrupción en los partidos políticos. Este es un indicador de que los problemas que no quedaron resueltos durante esta etapa de transición no desaparecen por sí mismos, como ya se ha mencionado anteriormente el ejercicio de elusión y borrado fue común tras el fin de la dictadura; sin embargo, no se trató de enmendar los problemas que surgieron, sino empezar de cero.

³² “Ahora, en los noventa, estamos lidiando con los verdaderos problemas, estamos intentando salir de la corrupción —por lo menos, a esos niveles profundísimos— y se está saliendo y volviendo a los niveles aceptables. Ahora ya no está bien visto ser un ladrón, mientras que de 1985 a 1987, durante ‘la cultura del pelotazo,’ eso estaba bien visto. Así, el ejemplo de ciudadano era Mario Conde” (Montero, en Escudero-Rodríguez 2000, 221).

Es por esto por lo que las novelas que recogen el pasado ensalzan la importancia de la memoria en el desarrollo de la identidad de los personajes. Es a través de la memoria individual que se puede entender de dónde venimos, y así construir el camino futuro. Sin este ejercicio de reflexión se produce un estancamiento que puede extenderse a la sociedad en general. La recuperación de la memoria individual y la historia de cada una de estas personas sirve como forma de oponerse a la instauración de una historia oficial dominada por unos intereses concretos. Lo que esta historia oficial hace es eludir la historia de cada una de las personas que forman la sociedad para ensalzar aquellos aspectos que resultan más interesantes a la hora de crear una imagen que sea común para todos. Se establece así un modelo que seguir y tomar como punto de partida para el presente y el futuro. Sin embargo, ésta no es la verdadera realidad ya que trata de establecer una idea estática de la memoria y al fin y al cabo de la identidad de aquellos que supuestamente deben compartir esa memoria. Es por esto que Rosa Montero se decanta por incluir en sus novelas personajes que pertenecen a estratos marginales de la sociedad en lugar de centrarse en grandes figuras o eventos históricos:

En el mundo canalla y marginal se evidencian sin afeites, de una manera más clara, las circunstancias de la vida mientras que en el mundo burgués —por llamarlo de alguna manera—esto está más oculto, es más convencional; nos las arreglamos para ocultar mucho más la realidad de la vida dentro de la apariencia. Las realidades de la vida, de la vida que vivimos todos, quedan más claras y patentes en el mundo marginal. Eso es una de las razones por las que más me conmueve (Montero, en Escudero y González, 215).

La historiografía oficial sirve como herramienta para que aquellos en el poder expandan la idea de una única realidad a través de la educación. El control de la historiografía no se queda anclado al régimen franquista sino que como el periodista Borja de Riquer expone en su artículo publicado en *El País*, “La larga sombra del franquismo historiográfico”, hoy en día sigue habiendo una notable presencia de la historiografía franquista. En cuanto a los motivos por los

que se sigue tratando de promover este discurso, Riquer hace referencia a la necesidad de la derecha de construir su propia interpretación de la historia e imponerla sobre las demás, evitando así que se den diferentes versiones del pasado:

¿Cuáles son las razones de la persistencia del discurso de ese neo-revisionismo historiográfico? ¿Por qué tiene tanta difusión en ciertos medios de comunicación? Hay un punto de partida que explica con claridad el porqué de esa obsesión: no hay en España una memoria compartida sobre la Segunda República, la Guerra Civil y el Franquismo. Y no la hay porque la derecha ha construido una interpretación propia ante la evidencia de que en el mundo científico-universitario se imponían con rotundidad y rigor profesional unas tesis que no le eran nada gratas (Riquer, s.p.).

Riquer no duda en hacer referencia concretamente a la derecha como promotores de la imposición de un pasado concreto que les sirve a su vez para cumplir con objetivos personales de cara al partido:

Hoy nuestra derecha está obsesionada por difundir la tesis de que no hay nada reivindicable de la etapa republicana y que la democracia en España nació el 15 de junio 1977, ya que esto le permite presentarse como partícipe en la construcción del “primer régimen democrático español (Riquer, s.p.).

En la actualidad se está produciendo un intento de cambio por parte de la sociedad española. Por un lado, se está impulsando la revisión del franquismo y el esclarecimiento de los fusilamientos y el paradero de muchos familiares principalmente a través de la Asociación de la Memoria Histórica. Pero también, a raíz de los gravísimos casos de corrupción política en medio de una importante crisis económica que afecta más notablemente a la clase baja y media, la sociedad está comenzando a exigir su participación en la dirección del país y en la necesidad de transparencia de sus políticos. Se está cuestionando al mismo tiempo el bipartidismo que ha monopolizado el control del Estado dividiéndolo entre el PSOE y PP.

Por último, el tercer aspecto a destacar es que la denuncia de las imposiciones identitarias que sufren estos individuos sirve al mismo tiempo para adoptar una postura contraria a la idea

clásica de la identidad según la cual ésta se concibe como algo estático y homogéneo, que no está sujeto a cambios en el tiempo o contradicciones. Se propone, como ya he mencionado, una fluidez identitaria que permite entender mejor la pluralidad de la sociedad en la que vivimos, pero también comprender que nuestra identidad no es algo definido y estático, sino que el cambio es constante, produciéndose al mismo tiempo contradicciones que son parte de la naturaleza humana. Los personajes que incluye Montero en sus novelas se presentan al comienzo de la historia como prototipos. Por poner un ejemplo que muestre esta idea, en *Te trataré como a una reina*, de acuerdo con las descripciones iniciales del periodista Paco Mancebo, Bella sería la asesina malvada mientras que Antonio representaría la víctima de la historia. De nuevo volvemos al binomio malo/bueno. El lector forma una idea de estos personajes al realizar un juicio que considera adecuado de acuerdo con los datos que se le ofrecen. Sin embargo, a medida que avanza la historia esta idea no encaja con el personaje ya que se ofrece una versión de ellos totalmente opuesta. El lector se enfrenta ahora a una contradicción que pone de manifiesto la inutilidad de los estereotipos que se han creado en la sociedad pero también le sirve para darse cuenta de los juicios que hace a raíz de una serie de imposiciones. Alma Amell recoge en su artículo el efecto que las novelas de Montero tienen en el lector: “El conjunto de las novelas aquí tratadas ofrece una imagen completa de la marginación del ser humano en la sociedad contemporánea madrileña, española y universal, pero, en lugar de ser solo eso: una imagen, nos fuerza a reflexionar sobre cada una de las personas representadas, hasta que nos identifiquemos con ellas” (82). Es así como consiguen estas novelas impulsar la idea de una identidad en un proceso de cambio constante que no encaja con la construcción identitaria a la que están sujetos muchos individuos.

BIBLIOGRAFÍA

a) Textos de Rosa Montero (Bibliografía primaria):

- Montero, Rosa. (2009) *Amado Amo*. Madrid: Santillana Ediciones Generales, 2009.
- . (1997) *Bella y oscura*. 5ª ed. Barcelona: Seix Barral, 1997.
- . (1982) *Cinco años de país*. Madrid: Editorial Debate, 1982.
- . (2010) *Crónica del desamor*. Madrid: Santillana Ediciones Generales, 2010.
- . (2009) *La hija del Caníbal*. Madrid: Santillana Ediciones Generales, 2009.
- . (1985) *Te trataré como a una reina*. 9ª ed. Barcelona: Editorial Seix Barral, 1985.

b) Estudios citados (Bibliografía secundaria):

- Álvarez-Blanco, Palmar. “Entre la Esperanza y el Desencanto: Rosa Montero Vista por Javier Escudero” [Reseña del libro *La narrativa de Rosa Montero: Hacia una ética de la esperanza*, de Javier Escudero Rodríguez]. *Contraste* 22/1, 2006: 185-186.
- Amell, Alma. “Una crónica de la marginación: la narrativa de Rosa Montero.” *Letras Femeninas* 18.1 (1994): 74-82.
- Balfour, Sebastian; Alejandro Quiroga y Ana Escartín. *España reinventada: nación e identidad desde la transición*. Barcelona: Península, 2007.
- Benjamin, Jessica. “The Oedipal Riddel”. *Identity: a Reader*. Du Gay, Paul; Jessica Evans y Peter Redman, eds. London: SAGE Publications en asociación con The Open University, 2000. 231- 247.
- Benveniste, Emile. “Subjectivity in Language”. *Identity: a Reader*. Du Gay, Paul; Jessica Evans y Peter Redman, eds. London: SAGE Publications en asociación con The Open University, 2000. 39-43.
- Boyd, Carolyn P. *Historia patria: política, historia e identidad nacional en España, 1875-1975*. Barcelona: Pomares-Corredor, 2000.
- Buckley, Ramón. *La doble transición. Política y literatura en la España de los años setenta*. Madrid: Siglo Veintiuno de España editores, 1996.
- Butler, Judith. *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. New York: Routledge, 1990.

- Ciplijauskaitė, Biruté. [Reseña del libro *Amado Amo*, de Rosa Montero]. *World Literature Today* 63(1), 1987: 73-74.
- De Riquer, Borja. “La larga sombra del franquismo historiográfico.” *El País*, 26 de Mayo de 2012.
- Deleuze, Gilles, y Felix Guattari. *El Antiedipo: capitalismo y esquizofrenia*. Francisco Monge, trad. Barcelona: Barral Editores, 1974.
- Díaz-Plaja, Fernando. *La sociedad española. Desde los orígenes hasta nuestros días*. Barcelona: Plaza & Janes, 1974.
- Donald, James. “The Citizen and the Man About Town”. *Questions of Cultural Identity*. Stuart Hall y Paul du Gay, eds. London: SAGE, 1996. 170-190.
- Du Gay, Paul. “Organizing Identity: Entrepreneurial Governance and Public Management”. *Questions of Cultural Identity*. Stuart Hall y Paul du Gay, eds. London: SAGE, 1996. 151-169.
- Escudero, Javier y Julio González. “Rosa Montero: Ante la creación literaria: ‘Escribir es vivir’.” *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies* 4 (2000): 211-224.
- Escudero-Rodríguez, Javier. *La narrativa de Rosa Montero: hacia una ética de la esperanza*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2005.
- Fanon, Frantz. *Black Skin, White Masks*. Charles Lam Markmann, trad. New York: GrovePress, 1991.
- Fernández, Luis. “Contraste” [Reseña del libro *Bella y oscura*, de Rosa Montero]. *El Ciervo* 43 (515), 1994: 33.
- Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad I: la voluntad del saber*. 5ª ed. Ulises Guiñazú, trad. México, D.F.: Siglo Veintiuno Editores, 1979.
- Fusi Aizpurúa, Juan Pablo. *España: la evolución de la identidad nacional*. Madrid: Temas de hoy, 2000.
- García Galiano, Ángel. Un secuestro apócrifo [Reseña del libro *La hija del caníbal*, de Rosa Montero]. *Revista de libros* 7/8 (1997): 73.
- Glenn, Kathleen M. “Victimized by Misreading: Rosa Montero's ‘Te trataré como a una reina.’” *Anales de la literatura española contemporánea* 12.1/2 (1987): 191-202.
- . “Conversacion con Rosa Montero.” *Anales de la literatura española contemporánea* 15.1/3 (1990): 275-283.
- Hall, Stuart. “Introduction: Who Needs ‘Identity’?” *Questions of Cultural Identity*. Stuart Hall y Paul du Gay, eds. London: SAGE, 1996. 1-17.

- Jones, Annie B. "Work, Women and the Family: a Critical Perspective." Graham, Helen y Jo Labanyi, eds. *Spanish Cultural Studies: an Introduction: the Struggle for Modernity*. New York: Oxford UP, 1995. 386-392.
- Kelly, Dorothy. "Selling Spanish Otherness Since the 1960s." *Contemporary Spanish Cultural Studies*. Barry Jordan y Rikki Morgan-Tamosunas, eds. New York: Oxford UP, 2000. 29-37.
- Knights, Vanessa. *The Search for Identity in the Narrative of Rosa Montero*. Lewiston, K.Y.: Edwin. Mellen Press, 1999.
- Labanyi, Jo. "Postmodernism and the Problem of Cultural Identity". *Cultural Studies: an Introduction*. Graham, Helen, y Jo Labanyi, eds. New York: Oxford UP, 1995. 396-405.
- Lacan, Jacques. "The Mirror Stage". *Identity: a Reader*. Du Gay, Paul, Jessica Evans y Peter Redman, eds. London: SAGE Publications en asociación con The Open University, 2000. 44-50.
- Moi, Toril. *Teoría literaria feminista*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1995.
- Morgan, Tony. "Heritage: Devolution and the Recovery of Diversity." *Contemporary Spanish Cultural Studies*. Barry Jordan y Rikki Morgan-Tamosunas, eds. New York: Oxford UP, 2000. 83-91.
- Pérez-Díaz, Víctor M. *The Return of Civil Society. The Emergence of Democratic Spain*. London, UK, Cambridge, MA: Harvard UP, 1993.
- Pérez Garzón, Juan Sisinio. "Memoria, historia y poder. La construcción de la identidad nacional española." https://ruidera.uclm.es/xmlui/bitstream/handle/10578/1692/fi_1317881561-IDENTIDAD%20NACIONAL%20ESPANOLA.pdf?sequence=1. Consultado: 01/10/2013
- Postlewate, Marisa. "The Use of the Detective Story Framework as a [Pre]text For Self-Realization in 'La hija del caníbal'." *Letras Femeninas* 28.1 (2002): 131-146.
- Resina, Joan Ramon. "Faltos de memoria: la reclamación del pasado desde la transición española a la democracia." Javier Gómez-Montero, ed. *Memoria literaria de la transición española*. Madrid: Iberoamericana, 2007. 17-50.
- Richards, Michael. "Collective Memory, the Nation-State and Post-Franco Society." *Contemporary Spanish Cultural Studies*. Barry Jordan y Rikki Morgan-Tamosunas, Eds. New York: Oxford UP, 2000. 38-47.
- Riddel, María del Carmen. *La escritura femenina en la postguerra española*. New York: Peter Lang, 1995.
- Smith, Alan E. "Galdós, Kafka y Rosa Montero: Contra el discurso patriarcal." *Revista Hispánica Moderna* 48.2 (1995): 265-273.

- Subirats, Eduardo, ed. *Intransiciones: Crítica de la cultura española*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, 2002.
- Talbot, Lynn K. "Entrevista con Rosa Montero." *Letras Femeninas* 14.1/2 (1988): 90-96.
- Torres Rivas, Inmaculada. *Rosa Montero: estudio del personaje en la novela*. Málaga: Universidad de Málaga, 2004.
- Tusell, Javier. *Spain, from Dictatorship to Democracy: 1939 to the Present*. Rosemary Clark, trad. Oxford, UK: Blackwell Publishing, 2007.
- Zakin, Emily. "Psychoanalytic Feminism". *The Stanford Encyclopedia of Philosophy (Summer 2011 Edition)*, Edward N. Zalta ed.
<http://plato.stanford.edu/archives/sum2011/entries/feminism-psychoanalysis/>.
Consultado: 20/02/2013.